

EL COLEGIO DE MÉXICO

Boletín **194** *Editorial*

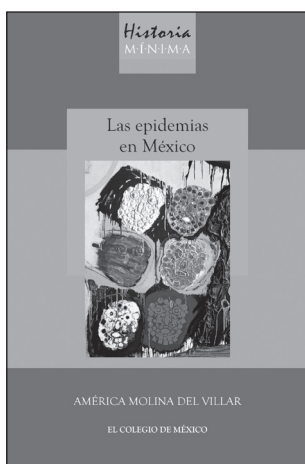
OCTUBRE-DICIEMBRE DE 2024

**FERNANDO
CORTÉS**

Una vida de
investigación
y docencia



NOVEDADES EDITORIALES



El Colegio de México, A. C.,
Dirección de Publicaciones, Carretera Picacho Ajusco 20,
Ampliación Fuentes del Pedregal, 14110, Ciudad de México
Para mayores informes: Tel. 5449 3000, exts. 3090, 3138 y 3295,
o correo electrónico: elibro@colmex.mx

Í N D I C E

Presentación ■ 2

Dicen que el que mucho abarca
poco aprieta, pero Fernando es
la excepción a esta regla

■ *Patricio Solís* ■ 4

Fernando está en el mejor momento
para merecer este reconocimiento

■ *Iliana Yaschine* ■ 7

En la actualidad está ocurriendo
una revolución en la metodología
y en la estadística sociales

■ *Fernando Cortés* ■ 10

Introducción general
al libro *Desigualdad social* (fragmento)

■ *Fernando Cortés y
Orlandina de Oliveira* ■ 16

Reseña de *Método científico y política
social. A propósito de las evaluaciones
cualitativas de programas sociales* de
Fernando Cortés, Agustín Escobar
y Mercedes González de la Rocha

■ *Manuel Gil Antón* ■ 22

Los métodos cuantitativos en las ciencias
sociales de América Latina

■ *Fernando Cortés* ■ 30

EL COLEGIO DE MÉXICO, A.C., Carretera Picacho Ajusco 20, Ampliación Fuentes del Pedregal, 14110, Tlalpan, Ciudad de México, Tel. 555449 3000, ext. 3077

Presidenta SILVIA E. GIORGULI SAUCEDO ■ Secretario general VICENTE UGALDE SALDAÑA ■ Coordinadora general académica ANA COVARRUBIAS VELASCO ■ Secretario académico PATRICIO SOLÍS ■
Secretario administrativo ADRIÁN RUBIO ■ Directora de publicaciones GABRIELA SAID ■ Coordinadora de producción editorial CLAUDIA PRIANI ■ Editora MARIANNA CABRERA VIZCARRA ■
Correctora ALETHIA ERANDI OCHOA MANRIQUE ■ Coordinador de diseño PABLO ANDRÉS REYNA LEÓN ■ Coordinador de promoción y ventas JULIO LEGORRETA BALBUENA

BOLETÍN EDITORIAL, NÚM. 194, OCTUBRE-DICIEMBRE DE 2024

Impresión: Jair Gerardo Seres Hernández, ubicados en Esmeralda 100-303, col. Valle Escondido, 14600, Tlalpan, Ciudad de México, México.

Formación y diseño de portada: ROSALBA ALVARADO PÉREZ

ISSN 0186-3924

Certificado de licitud, núm. 11152 y de contenido, núm. 7781, expedidos por la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas el 15 de mayo de 2000; núm. de reserva 04 1999-112513491900-102.


Presentación



El pasado 22 de octubre de 2024, se llevó a cabo en El Colegio de México una ceremonia en la que el doctor Fernando Cortés Cáceres fue reconocido como Profesor-Investigador Emérito de esta institución por una larga trayectoria dedicada a la investigación en ciencias sociales, especialmente en temas de desigualdad, pobreza, políticas sociales y metodología de la investigación. Además de su carrera como investigador, también ha sido responsable de la formación de una larga fila de generaciones de estudiantes.

El emeritazgo, como mencionó la presidenta de El Colegio Silvia Giorguli en la ceremonia, no solo reconoce las contribuciones de Fernando Cortés a su campo de estudios y a la formación de otros científicos sociales, sino también a la construcción de esta institución. A lo largo de sus 32 años como profesor activo, el doctor Cortés tuvo una participación comprometida tanto en el Centro de Estudios Sociológicos (CES) como de manera institucional: fue coordinador académico, director interino, miembro de la Comisión Evaluadora en la Junta de Profesores del CES, miembro del Consejo Académico en los primeros años de este órgano y presidente del Comité Técnico Administrador del Plan de Pensiones de El Colegio hace 20 años. Es por todas esas contribuciones y con motivo de este importante nombramiento que el *Boletín Editorial* le dedica su número 194 a Fernando Cortés Cáceres.

Para iniciar, reproducimos tres discursos de la ceremonia. En los dos primeros, sus discípulos Patricio Solís e Iliana Yaschine resaltan algunas aportaciones importantes del doctor Cortés al ámbito de la investigación en las ciencias sociales y reflexionan sobre el impacto que ha tenido tanto en sus vidas profesionales como personales. Después, ofrecemos al lector el discurso de Fernando Cortés, en el que el investigador hace un recuento sobre su trayectoria profesional.

Para terminar, incluimos en este número un fragmento de la “Introducción general” al libro *Desigualdad social*, parte de la serie *Los grandes problemas de México* publicada por El Colegio de México, en el que Fernando Cortés y Orlandina de Oliveira ofrecen algunas claves para entender y solucionar el problema de la desigualdad en el país. Además, una reseña de Manuel Gil Antón al libro *Método científico y política social. A propósito de las evaluaciones cualitativas de programas sociales* de Fernando Cortés, Agustín Escobar y Mercedes González de la Rocha y, por último, una Conferencia Magistral dictada por Fernando Cortés en el Congreso Latinoamericano y Caribeño de Ciencias Sociales, celebrado a propósito del cincuentenario de FLACSO en octubre de 2007 y publicado en *Íconos. Revista de Ciencias Sociales*. 

*Dicen que el que mucho
abarca poco aprieta, pero Fernando
es la excepción a esta regla***

Hablar de Fernando Cortés es un tarea difícil, pues es complicado resumir con justicia y en tan pocas palabras el carácter multifacético de sus aportes. No haré aquí una *laudatio*, el mismo Fernando ha pedido que no sea así, pero sí quiero destacar cinco facetas en las que su trayectoria resulta excepcional: como docente ejemplar, en primer lugar, maestro de múltiples generaciones; como investigador social destacado en diversos temas relacionados con la desigualdad, la estratificación social y la pobreza (me quedo corto en los ámbitos temáticos); en tercer lugar, como metodólogo con valiosas reflexiones sobre el quehacer en la cocina de la investigación social; en cuarto lugar, como participante entusiasta de iniciativas institucionales desarrolladas en el Centro de Estudios Sociológicos y en El Colegio de México; y en quinto, como académico comprometido con la labor pública de la medición de la pobreza y la evaluación de la política social. Dicen que el que mucho abarca poco aprieta, pero Fernando es la excepción a esta regla: en todos estos ámbitos tiene contribuciones significativas.

Quisiera aprovechar este breve espacio y este breve tiempo que tengo para referirme a dos de es-

* Profesor-investigador en el Centro de Estudios Sociológicos de El Colegio de México.

** Palabras pronunciadas en la ceremonia de nombramiento de Fernando Cortés como Profesor-Investigador Emérito, el 22 de octubre de 2024, en la sala Alfonso Reyes de El Colegio de México.

tas facetas: la docencia y la investigación, desde una perspectiva muy personal, la perspectiva de mi relación con Fernando.

Yo conocí a Fernando en 1993 en FLACSO México, donde cursé con él la materia de Metodología de la investigación. Recuerdo muy bien que su curso me abrió la puerta a nuevas herramientas de conocimiento, pero, sobre todo, despertó en mí una actitud vigilante respecto a la metodología, algo que ha sido fundamental en mi formación posterior como investigador y no dudo en decir que también en la de generaciones de estudiantes que me precedieron y que me siguieron y que tuvieron la suerte de tener a Fernando al frente del salón de clases. También recuerdo, por cierto, que la calificación que Fernando me otorgó fue la más baja que obtuve en toda la maestría. Debo admitir, con la perspectiva del tiempo y sin el orgullo de por medio, que era una calificación justa. Aprendí bastante.

Quiero añadir algo fundamental sobre su docencia en estadística, una materia que impartió durante muchos años no sólo en el doctorado en Sociología de El Colegio de México, sino también desde antes, en FLACSO Chile, como él mismo relata en ese trabajo que ha titulado “Confieso que he enseñado estadística”. Esta labor lo convierte en un verdadero maestro de maestros. Nunca fui alumno formal de estadística de Fernando, pero aprendí de él cuando, ya como profesor de El Colegio, tuvo la amabilidad y la cercanía para invitarme a compartir con él como docente la enseñanza de sus cursos

de estadística para estudiantes del doctorado en Sociología.

Un aspecto que es muy destacable de los cursos y de la manera de enseñar estadística de Fernando es la combinación del aprendizaje formal y práctico de técnicas estadísticas para las ciencias sociales con lecciones metodológicas. Por ejemplo, la enseñanza del análisis de regresión era una oportunidad para discutir sobre las imputaciones de causa legal, sobre la operación de variables intervinientes e intermedias, sobre la necesidad de especificar el modelo teórico que subyace al modelo estadístico en cuestión, así como sobre los problemas de selectividad o la distinción entre conceptos indicadores y observables.

Quisiera resaltar que esa preocupación por enseñar herramientas estadísticas junto con la metodología es un sello distintivo que Fernando dejó impreso y que aún caracteriza los cursos de estadística que se ofrecen en el Centro de Estudios Sociológicos. Todavía hoy, cuando detengo una de mis clases de estadística para profundizar en algún tema metodológico que parece relevante para el momento, vienen a mi mente los cursos de Fernando y es ese sello de la casa un verdadero legado de su trabajo que debemos continuar preservando en nuestro centro de estudios, ese ejemplo de cómo debe enseñarse estadística para estudiantes de sociología y ciencias sociales en general.

Las contribuciones de Fernando a la docencia no se limitan a los numerosos cursos impartidos en El Colegio de México y en otros centros de estudio, sino también a la información de investigadores sociales con su participación como director o miembro de jurados de más de noventa tesis de posgrado. Qué mejor ejemplo que en esta ceremonia nos acompañan tres de sus dirigidos más destacados, así que yo no voy a hablar más de esto porque seguramente ellos se referirán al respecto.

En cuanto a su labor de investigación, segundo tema que me interesa destacar, quien revise la trayectoria de Fernando puede identificar de inmediato su dedicación y aportes sustantivos a una amplia variedad de temas dentro del campo de la estratificación social, la desigualdad de ingresos en México, la informalidad y los mercados de



Silvia Giorguli, presidenta de El Colegio de México, y Patricio Solís, secretario académico, durante la ceremonia de nombramiento de Fernando Cortés como Profesor-Investigador Emérito, el 22 de octubre de 2024.

trabajo, las estrategias de reproducción social de los hogares, la marginación, la pobreza y la movilidad social. Sin embargo, más allá de sus contribuciones específicas en estos temas, un aporte menos tangible pero igualmente importante al Centro de Estudios Sociológicos y a la sociología en México es su ejemplo de rigor analítico y su constante integración de lo conceptual y lo empírico como un *habitus*, y me permito aquí usar el término de Bourdieu: un *habitus* en la investigación social. Frente a una corriente de la ciencia social que confunde su propósito con la filosofía social y otra que se pierde en el empirismo, la apuesta de Fernando junto con otros investigadores de su generación en el Centro de Estudios Sociológicos por una ciencia social decididamente empírica, pero con sólidas bases teóricas y metodológicas, sigue siendo una guía para el desarrollo de la sociología en México y también para el futuro de nuestro Centro de Estudios Sociológicos.


Por último, quisiera referirme a un detalle personal relacionado con el trabajo de Fernando en el campo de los estudios de movilidad social, que es el ámbito en el que yo he desarrollado una parte sustantiva de mi propia carrera. Su investigación, junto con Agustín Escobar, sobre la movilidad so-

cial urbana en México, publicada en 2005 en la revista de la CEPAL, contribuyó de manera muy decisiva a revitalizar este campo de estudios en México, que había sido prácticamente abandonado por la sociología mexicana y latinoamericana desde mediados de los años setenta.

Recuerdo que ingresé a El Colegio de México un año antes de la publicación de ese estudio, en 2004, con una tesis de doctorado que se refería a cincuenta años de movilidad social en la ciudad de Monterrey. A diferencia del ambiente predominante que me señalaba, y hubo quien me lo dijo, que el estudio de la movilidad social era un tema fuera de moda e irrelevante y que debía de dedicarme a otros asuntos, Fernando apoyó esta línea de

investigación y me invitó a colaborar junto con él y Agustín Escobar en un libro cuya introducción y conclusiones escribimos a seis manos frente al lago de Chapala.

Además de que la visión de Fernando sobre la importancia de remodelar los estudios de movilidad social fuera acertada, algo que hoy se confirma con la relevancia que ha adquirido el tema, en lo personal, le debo mi eterno agradecimiento por haberme apoyado en esos primeros pasos de mi trayectoria en El Colegio de México, y con eso me quedo.

Por tus contribuciones a la ciencia social en México y a El Colegio, pero también desde un punto de vista personal: muchas gracias, Fernando. 

*Fernando está en el mejor momento para merecer este reconocimiento***

Yo conocí a Fernando hace 23 años cuando él participaba como miembro académico del Comité Técnico para la Medición de la Pobreza. Posteriormente, volvimos a coincidir durante el tiempo en que fue integrante del grupo asesor de la evaluación cualitativa del programa Oportunidades y coordinó también un par de estudios sobre este programa. Su rigurosidad académica, profundidad analítica y claridad metodológica fueron decisivas para que yo dejara mi trayectoria en la función pública y diera un salto a los estudios doctorales bajo su asesoría en El Colegio de México, y tuve mucha suerte porque fui la última en llegar de la extensa fila de personas a quienes asesoró a lo largo de su trayectoria académica. Este viaje con él duró seis años, después de los cuales me invitó a incorporarme a un pequeño pero gran grupo de investigación que formó en el Programa Universitario de Estudios del Desarrollo (PUED) de la UNAM, donde hace alrededor de una década trabajamos de forma colaborativa. En este último periodo, también interactué con él en su rol como consejero académico del Consejo Nacional de Evaluación de la Política de Desarrollo Social (CONEVAL).

* Investigadora en el Programa Universitario de Estudios del Desarrollo de la UNAM.

** Palabras pronunciadas en la ceremonia de nombramiento de Fernando Cortés como Profesor-Investigador Emérito, el 22 de octubre de 2024, en la sala Alfonso Reyes de El Colegio de México.

Así que he conocido a Fernando como profesor, como director de tesis, investigador, colega, coordinador de equipos de investigación y académico comprometido con contribuir a la mejora de la política gubernamental en México, fundamentalmente a través de sus aportaciones a las metodologías de medición oficial de la pobreza y de la evaluación de programas sociales, así como por medio de su incesante labor académica.

La trayectoria académica de Fernando lleva ya unas seis décadas y se resume en unas pocas páginas de su *curriculum vitae*, tan solo son setenta. Ha sido profesor-investigador de la Universidad de Chile, de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) en Ciudad de México, del Centro de Estudios Sociológicos de El Colegio de México y ahora del PUED-UNAM; también es miembro de la Academia Mexicana de Ciencias, Profesor Emérito de la FLACSO e Investigador Emérito del Sistema Nacional de Investigadores (SNI).

Sus líneas de investigación han sido diversas, todas ellas ancladas a problemáticas económicas y sociales de distintos momentos históricos de la región con un fuerte arraigo en la tradición del pensamiento latinoamericano y, a la vez, con apertura a muy diversas miradas teóricas. Ha estudiado la fuerza de trabajo, la marginalidad, la informalidad y las estrategias de los hogares para procurarse ingresos. Se ha abocado a comprender y explicar la estratificación social, la desigualdad, la pobreza y la marginación como fenómenos estructurales de

nuestras sociedades tercamente persistentes asociados a nuestra ubicación en el contexto global, a las características de nuestro modo de producción, a las decisiones de las políticas gubernamentales y a las relaciones de poder. Y ciertamente entretejida con estos abordajes temáticos, destaca su pasión por la metodología de la investigación social, ámbito privilegiado de su dedicación académica e intelectual en torno a la cual ha volcado esfuerzos analíticos y de enseñanza atópicos que van desde la construcción del dato, el uso de las encuestas, la medición, las técnicas de análisis estadísticas, las controversias entre investigación cualitativa y cuantitativa, y hasta las discusiones epistemológicas más elaboradas.

Fernando —quien de niño nadaba libremente en los mares bravos de Antofagasta (como le gusta contar), quien también después mostraría su talento para el fútbol y, más adelante, combinaría la actividad académica con su compromiso político de izquierda en su Chile natal— es indudablemente un referente de la metodología de la investigación social y de los estudios de la desigualdad y la pobreza en América Latina. Sus investigaciones individuales y en colaboración han generado un vasto cúmulo de publicaciones: 27 libros, 82 capítulos, 117 artículos, además de numerosas contribuciones a la divulgación. Su intensa actividad docente se refleja en los 126 cursos que ha impartido, la dirección de 40 tesis de posgrado y su participación en 48 comités más. A la fecha sigue impartiendo clases de estadística en la UNAM con el mismo entusiasmo y compromiso con el que recuerdo que hace algunos años me dio clases a mí en las aulas de El Colegio de México.

Si bien estos números ayudan a dar cuenta del incuestionable legado de su trabajo académico, nos dan apenas una luz parcial de la persona que es y sobre eso quiero abundar. Creo que tener el privilegio de hablar hoy aquí no solo me da la oportunidad de expresarme, sino que a través de mi voz también se abre el espacio para compartir el sentir de otras y otros que han cruzado caminos con Fernando a lo largo de los años, ya sea como estudiantes, becarios de investigación, asesorados, colegas o miembros de equipos de investigación.

Así que, Fernando, conversé con una muestra de personas, la cual confieso que fue seleccionada con criterios nada rigurosos, pero cuyas miradas sobre ti fueron muy enriquecedoras. A Fernando por sobre todo lo distingue su calidad humana: su carácter afable y afectuoso hacia todos con quienes interactúa sin distinción, su buen sentido del humor con su colección de chistes que una y otra vez nos siguen haciendo reír con el pasar de los años, y su sensibilidad para comprender y acompañar en momentos difíciles a quienes lo rodean. Asociado a esto, si hay un rasgo que unánimemente surge en este pensar colectivo en torno a Fernando es el de la generosidad, a la par del profundo y genuino compromiso con la investigación y del reconocimiento a su inminente carácter colaborativo.


A Fernando lo caracteriza su vocación de formación. En torno a ella, ha compartido a lo largo de seis décadas su lucidez intelectual, su conocimiento y su tiempo con decenas de personas, ya sea en su cubículo de puertas abiertas, en las aulas de clase, en los pasillos de instituciones académicas, en las salas de seminarios y congresos, en los espacios de interacción con actores sociales y gubernamentales, y en la casa que comparte con Rosa María, su colega e inseparable compañera de vida. Incuestionablemente receptivo de las solicitudes de apoyo, siempre dispuesto a escuchar, a leer y a comentar, permanentemente interesado en aportar para mejorar el proceso y la trayectoria de investigación de sus interlocutores, feliz y orgulloso de celebrar las fortalezas y logros de los demás, Fernando ha dedicado su vida a formar generaciones en la minuciosidad del oficio de investigar los fenómenos sociales con ética y honestidad intelectual, con una mirada amplia que traspasa las fronteras disciplinarias, que cuestiona las falsas polarizaciones metodológicas y apela a la integralidad de las ciencias sociales. De él hemos aprendido a mantener viva la curiosidad y el entusiasmo, a reconocer nuestros errores, a tropezarnos para encontrar nuestro propio camino, a respetar los procesos personales y cognitivos del otro, a pensar e investigar en conjunto echando mano de la diversidad de las fortalezas individuales, a comprender que el proceso de aprendizaje es un continuo con forma de licoide.



Fernando Cortés, acompañado de Iliana Yaschine, mostrando su reconocimiento como Profesor-Investigador Emérito de El Colegio de México.

Ha sembrado semillas para que esa forma de ser y hacer se multiplique en los diversos espacios de enseñanza e investigación en los que habitamos quienes hemos tenido la fortuna de haber sido formados por él a lo largo y ancho de América Latina.

Uno de los más recientes chistes de Fernando se refiere a que llega cierto momento en la vida en el que uno ya no está en edad de merecer sino de perecer y no me queda duda de que Fernando está

en el mejor momento para merecer este reconocimiento que hoy le entrega El Colegio de México. Me uno a esta celebración con enorme admiración y cariño y te doy las gracias, Fernando, a mi nombre y de tantas personas más, por tu inquebrantable compromiso con la formación, la generación de conocimiento científico y la búsqueda de su uso para afrontar los desafíos nacionales y regionales que nos atañen a todos. 

*En la actualidad está ocurriendo una revolución en la metodología y en la estadística sociales***

Con motivo de esta distinción, he decidido escribir en unas pocas cuartillas lo que quiero expresar hoy. No hacerlo podría hacerme pasto de la emoción, de la imprecisión y dejarme llevar por ideas y recuerdos que surjan en el momento, que me pondrían a divagar y, en consecuencia, perder el hilo de lo que quiero decir.

En aras del tiempo, me centraré en tres periodos de mi vida académica: el primero será el momento en el que fui contratado como profesor de estadística social en la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) en Santiago de Chile en 1966, si mal no recuerdo, por recomendación de Andrés Passicot, profesor de estadística de la Escuela de Economía de la Universidad de Chile, y de Gláucio Ary Dillon Soares, director de la Escuela Latinoamericana de Sociología de la FLACSO. A la sazón, yo era profesor de estadística en la Escuela de Contadores Auditores y en la Escuela de Economía de esa universidad. Había empezado a dictar clase hacia 1964. Si esa fecha es correcta, mi trayectoria habría alcanzado 60 años de docencia en marzo de 2024.

Durante el primero de los periodos que se extiende del segundo quinquenio de los años sesen-

ta al primer trienio de los setenta, se produciría un primer gran quiebre en las ciencias sociales de América Latina, particularmente en la sociología, en la ciencia política y también en la economía. La victoria de la Revolución cubana cimbró el continente; permitió visualizar la posibilidad de lograr un mundo distinto, con mayor justicia social y un lugar para todos. En la segunda mitad de los sesenta y particularmente después del 68, venciendo la oposición del *establishment*, Marx, en Santiago de Chile y en Chile, es investido con toga y birrete, e ingresa a la universidad.

En esta época, se pone en cuestión la raíz misma de la explicación de los fenómenos sociales. En la sociología, el interés pasa de estudiar las funciones de los individuos en la sociedad —empleando conceptos como estatus, *situs*, rol, y de concebir la transformación social como un proceso continuo y regulado—, al interés de estudiar fenómenos macrosociales en su propia lógica y no como agregación de conductas individuales. En este contexto es que surge la sociodemografía en América Latina, al impulso de Carmen Miró —a la sazón, directora del Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía (CELADE) en Chile—, disciplina que se preocupó por estudiar las regularidades de los flujos migratorios, en lugar de la decisión de emigrar; por analizar las determinantes estructurales de la fecundidad y de la mortalidad, dejando en un plano secundario el papel de las decisiones individuales.

* Es profesor-investigador en el Centro de Estudios Sociológicos de El Colegio de México.

** Palabras pronunciadas en la ceremonia en la que su autor fue nombrado Profesor-Investigador Emérito, el 22 de octubre de 2024, en la sala Alfonso Reyes de El Colegio de México.



Silvia Giorguli, presidenta de El Colegio de México, hace entrega del reconocimiento como Profesor-Investigador Emérito a Fernando Cortés.

De las muchas preocupaciones que asaltaban a mi generación por aquella época, dos concitaron mi interés. La primera en tiempo fue una revisión del análisis de asociación y la ecuación de covarianzas de Lazarsfeld, instrumento estadístico ampliamente utilizado en la sociología y la ciencia política de la época, a diferencia del análisis de regresión empleado por la economía. El estudio que emprendimos Manuel Castells y yo culminó con un largo ensayo que nunca se publicó y que yace en paz en la biblioteca de FLACSO México. Aunque no lo crean, a pesar de tenerlo a la mano por muchos años, sólo verifiqué que estaba: nunca lo he vuelto a leer.

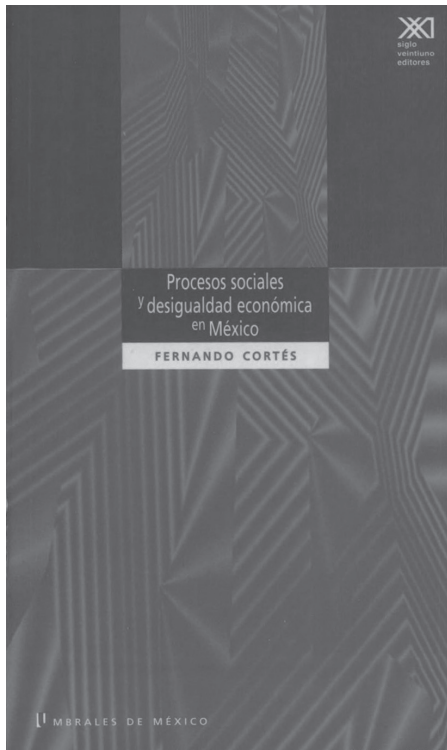
La idea que orientó dicho trabajo fue examinar la posibilidad de rescatar la “estadística social” que formaba parte orgánica de la metodología de las ciencias sociales, y que se encontraba inmersa en la visión “individualista” que imperaba en la sociología dominante en América Latina por la época.

La segunda gran preocupación originó un trabajo conjunto con Adam Przeworski, quien era en

esa época mucho mejor científico político que defensa lateral del club deportivo Gitanos de Ñuñoa, aunque no sé si él estaría de acuerdo conmigo en esta apreciación, a juzgar por la foto del equipo que tenía en un lugar preeminente en su oficina de la Universidad de Chicago, primero, y en la Universidad de Nueva York, después.

El trabajo tomó el toro por los cuernos y nos preguntamos cómo cambian los sistemas. Esto nos llevó a estudiar sistemas en las ciencias naturales y luego trasladar los conceptos y enfoques a la ciencia política para elaborar los propios. Tras la incorporación de John Sprague en 1972 y el trabajo de años, el cual originó varios artículos, la síntesis de lo aprendido y aplicado a problemas propios del análisis político fue publicada en Estados Unidos por John Wiley con el título de *Systems Analysis for Social Scientists*.

Disponíamos de una explicación sistémica con dos “peros”: uno, a tejo pasado, es que, en la realidad, los modelos no servían para dar cuenta de los procesos involucrados en los cambios de siste-



ma, sino que se limitaban a las transformaciones en el mismo sistema, es decir, a tratar los cambios entre variedades de sistemas. Es lo más que logramos en esa época. El otro es que la investigación social, como la conocíamos, fue dolorosamente interrumpida por el golpe militar de 1973. En la indefensión y en el aislamiento, recibí por correo, en 1974, en Santiago, los ejemplares que me correspondían como coautor.

El segundo periodo se desarrolla ya en México. Inició en julio de 1976, como profesor investigador de FLACSO México, aunque al poco tiempo fui invitado por mis exalumnos de FLACSO en Santiago, quienes eran profesores-investigadores del Centro de Estudios Sociológicos (CES), dirigido por Rodolfo Stavenhagen en ese momento, a dictar clases de estadística a los alumnos de la segunda promoción del doctorado en Ciencias Sociales con especialidad en sociología.

La preocupación central en el ambiente intelectual de los que habíamos llegado a México provenientes de América del Sur, se enfocaba en la experiencia reciente. La pregunta era, desde mi punto de vista: ¿qué nos pasó? El gobierno

de Chile, encabezado por Salvador Allende, hizo todos los cambios estructurales requeridos para el cambio de sistema, pero la superestructura no se acomodó; por el contrario, tuvo su propia dinámica y puso dolorosa reversa a todo lo que se había hecho en reformas sustanciales, tales como cambios a la propiedad de los medios de producción y en la organización social. Por delante tendríamos muchos años de dictadura.

En México, en el círculo estrecho de los intelectuales que proveníamos de América Latina, se generaron tres respuestas: una, encabezada por Juan Carlos Portantiero —a la sazón, profesor de FLACSO México y posteriormente doctor *honoris causa* por FLACSO regional—, quien argumentó que la relación estructura-superestructura estuvo mal planteada, ya que la superestructura determina la estructura (sé que estoy simplificando, pero no tengo otra opción) y que, por tanto, primero hay que capturar el poder y luego hacer los cambios estructurales.

La respuesta de Hugo Zemelman, profesor del CES, fue en esencia que el gran error cometido por el gobierno chileno fue dar por sentado el modelo marxista estructuralista de origen francés y lo que faltó fue estudiar y analizar la totalidad (concreta), síntesis de múltiples determinaciones y unidad de lo diverso. En lo metodológico, postuló que debe estudiarse lo real antes de teorizar, pero tuvo mucho cuidado de no quemar sus alas en el sol del empirismo.

La tercera opción surgía en los trabajos de Juan Carlos Marín, “Lito”, y Rolando García, quienes nos condujeron (uso el plural porque ya había conocido a mi compañera de vida, Rosa María Ruvalcaba) al estudio de la epistemología genética. Adentrarnos en ese campo del pensamiento académico tuvo amplias repercusiones. Por una parte, nos permitió incursionar en el campo de los sistemas complejos, en la perspectiva de Ilya Prigogine, consistente con los planteamientos de Jean Piaget, perspectiva, según la cual, el cambio sistémico se entiende como cambio de estructura y arroja luces sobre el proceso de estructuración que origina las nuevas estructuras a través de procesos aleatorios.

Estas nuevas conceptualizaciones, además de ofrecer vías para entender el proceso del cambio sistémico que había concitado nuestro interés en la década anterior, nos llevó a entender de una manera distinta el proceso de investigación. Reformulamos los programas docentes en las materias de estadística y metodología destinadas a profesores de ciencias sociales en diversas universidades estatales. En este proyecto se originaron cuatro compilaciones en un esfuerzo conjunto del Consejo Mexicano de Ciencias Sociales, la Secretaría de Educación Pública y la Universidad de Guadalajara. El proyecto encabezado por Raúl Benítez Zenteno, en el que participamos Rosa María, Ricardo Yocelvezky y yo, además del libro firmado con Rosa María, *Métodos estadísticos aplicados a la investigación en ciencias sociales: análisis de asociación*, cerraba parte de las preguntas que nos habíamos formulado con Castells en los años setenta.

De esa época también datan nuestros esfuerzos por entender los hogares como sistemas complejos, lo que nos hermanó con los trabajos llevados a cabo en Chile por Joaquín Duque y Ernesto Pastrana, así como con las investigaciones de Brígida García, Mercedes González de la Rocha y Orlandina de Oliveira (en orden alfabético), y, además, dieron origen a los libros realizados con Óscar Cuéllar, *Crisis y reproducción social: los comerciantes del sector informal*, y con Rosa María, *Autoexplotación forzada y equidad por empobrecimiento: la distribución del ingreso familiar en México, 1977-1984*.

Gran parte de los avances logrados de nuestros estudios metodológicos, en la perspectiva de la epistemología genética, llevaron a encarar la supuesta diferencia esencial entre la investigación cualitativa y la cuantitativa. Los resultados se encuentran en la obra escrita en coautoría con Agustín Escobar y Mercedes González de la Rocha, y con introducción de Rosa María, *Método científico y política social. A propósito de las evaluaciones cualitativas de programas sociales*.

Los trabajos sobre desigualdad me permitieron obtener un doctorado tardío en el Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS), sede Occidente, con lo cual me ponía a tono con las exigencias formales que se

venían imponiendo desde 1982. El trabajo de tesis que hice en ese doctorado, con adecuación y un capítulo adicional, originó dos libros: *La distribución del ingreso en México en épocas de estabilización y reforma económica* y *Procesos sociales y desigualdad económica en México*.

Con estos trabajos saldaba, en parte, las preocupaciones que me habían surgido en Chile por el tema de la desigualdad que, a diferencia de la pobreza, encerraba una energía social destructiva al desestructurar las relaciones sociales.

En los años ochenta, la estadística experimentó dos avances importantes. Uno fue la aparición de la computadora personal que, si bien en sus comienzos era limitada para el procesamiento de datos, el avance, como sabemos, fue y ha sido espectacular; esto nos permitió incluir en los cursos no sólo la teoría estadística, sino también el procesamiento de datos mediante paquetes estadísticos, pero con énfasis en la teoría estadística. El otro avance fue la inclusión de variables cualitativas en el modelo de regresión que, en realidad, se introdujo después de la Segunda Guerra como variable explicativa en muchos modelos de regresión, si los años eran de paz o de guerra, popularizando el uso de variables *dummies* o variables ficticias. Rápidamente se incluyó en los paquetes estadísticos la posibilidad de considerar variables explicativas no métricas, al punto de que hoy ya nadie se preocupa por el nivel de medición de las variables independientes.

Pero la gran revolución se produjo cuando se implementaron paquetes estadísticos en computadoras, en los que todas las variables incluidas en los modelos pueden ser variables mudas. Se originaron así tres tipos de modelos que ya venían empaquetados: análisis loglineal, logit y probit. De este modo, quedó superado el cuestionamiento que hacían los estudiantes de sociología y ciencia política, en los años sesenta y setenta, respecto al uso del modelo de regresión en estas disciplinas, técnicas que superaban con mucho el análisis de covarianzas de Lazarsfeld, el cual era el instrumento comúnmente utilizado en los sesenta y que en los hechos se limitaba al tratamiento de tres variables dicotómicas.

Fernando Cortés y Rosa María Rubalcava

AUTOEXPLOTACIÓN FORZADA Y EQUIDAD POR EMPOBRECIMIENTO



jornadas
120

EL COLEGIO DE MÉXICO

En la tercera y última fase de este relato, quiero diferenciar el trabajo realizado en el ámbito académico del desarrollado en el dominio del gobierno mexicano, para terminar con una reflexión sobre la actualidad.

En la academia, continué los estudios de desigualdad, pero esta vez vinculados a la heterogeneidad estructural, retomando las viejas ideas cepalinas —lo que fue posible gracias a la oportunidad que me brindó generosamente Rolando Cordera para formar parte del Programa Universitario de Estudios del Desarrollo (PUED) en la Universidad Nacional Autónoma de México, hace ya doce años, tras mi jubilación de El Colegio de México—. Esta nueva aventura intelectual dio origen al libro *Argentina y México: ¿igualmente (des)iguales?*, que coordinamos Agustín Salvia y yo.

Dado que el interés del PUED se concentra en problemas sociales actuales, es decir, en aquellos que son pertinentes a la coyuntura política —más específicamente la coyuntura política y social—, con Delfino Vargas nos dedicamos a estudiar el índice de marginación, en tanto esta medida orienta el uso de buena parte de los recursos de la política

pública. De este emprendimiento surgieron dos libros: *Origen es destino. Un análisis longitudinal de la marginación municipal. México, 1990-2015* y *Dos décadas de marginación en México: un enfoque longitudinal*, escrito en coautoría.

Fue Delfino Vargas quien me introdujo al nuevo mundo, al mundo de las ecuaciones lineales estructurales que, en el fondo, extiende el dominio de los modelos estadísticos a sistemas de ecuaciones, en lugar de la simple regresión uniecuacional. Este enfoque lo había conocido en sus inicios como análisis de causalidad, en los años sesenta y setenta del siglo pasado, y causó furor por aquella época, pero sin considerar variables latentes. Sin embargo, tuvo el inconveniente de hacer caso omiso de la complejidad del concepto de causalidad sobre el cual aún hoy hay encendidas controversias. Desde mi punto de vista, conviene para la discusión separar (como hace la epistemología genética) causalidad, propiamente tal, y explicación causal.

Ingresé al análisis académico de la medición de la pobreza cuando Julio Boltvinik entró al CES; trabajé con él varios años en la medida en la que avanzaban sus investigaciones en el Método de Medición Integrada de la Pobreza y realizamos en conjunto algunas investigaciones. Seguramente este trabajo llevó a que la secretaria de Desarrollo Social, Josefina Vázquez Mota, me invitara a formar parte del comité de expertos encargado de elaborar una propuesta de medición de la pobreza en el año 2001, cuyo trabajo *ad honorem* y autónomo debía culminar con una propuesta de medición de pobreza que sustituyera a las muchas que circulaban en las propias instancias de gobierno y en la academia. Participé en el Comité Técnico para la Medición de la Pobreza que, después de casi dos años de reuniones sistemáticas, propuso una medición de pobreza por ingresos —distinguiendo tres niveles: alimentaria, capacidades y de patrimonio—, la cual, con el correr del tiempo, se transformó en la medición oficial, sin serlo, desde el punto de vista legal.

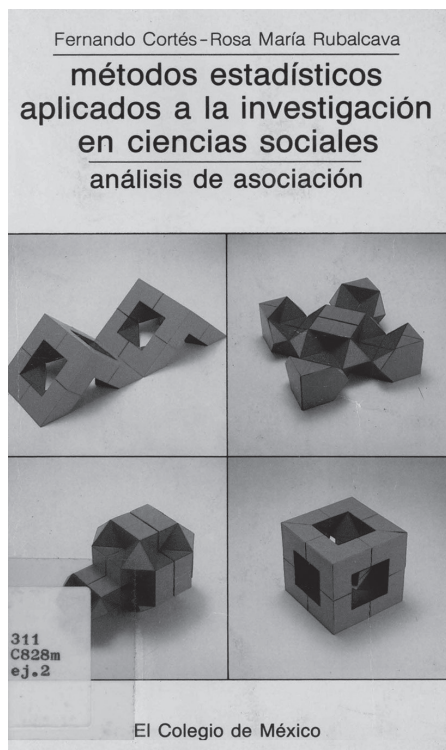
Esta experiencia me impulsó a presentarme al concurso para ser consejero académico en el Consejo Nacional de Evaluación de la Política de Desarrollo Social, creado por la Ley General de De-

sarrollo Social en 2004 y que empezó a funcionar en 2006, una vez que se expidió la ley secundaria. Tuve la fortuna de quedar seleccionado como uno de los consejeros académicos, cuya función fue, y es, orientar los desarrollos en materia de pobreza, evaluación y coordinación de la política social. Entre 2006 y 2020, tuve la suerte de participar en el diseño y elaboración de una medición multidimensional de la pobreza, del sistema de evaluación y en la incorporación de los estados de la República a estas actividades.

Desde mi punto de vista, en la actualidad está ocurriendo una revolución en la metodología y en la estadística sociales que va más allá del cambio en el estilo de exponer estas materias en las aulas. En la enseñanza se incluyen cursos dedicados al tratamiento de modelos de ecuaciones lineales estructurales, así como su empleo en la investigación. Sin embargo, suele ponerse poco énfasis en la medición, entendida en sentido moderno: hacer observables conceptos no directamente observables.

La mayoría de los conceptos que empleamos en ciencias sociales no son directamente observables, como son las clases sociales, los estratos sociales, la pobreza, el estatus socioeconómico, el nivel de vida, la desigualdad en la distribución del ingreso, el trabajo informal, etcétera, y su medición debe garantizar que las medidas empleadas sean confiables y válidas, es decir, que se esté midiendo bien: que los indicadores y sus relaciones den cuenta de los conceptos que pretenden medir y de sus vínculos. En el campo de la medición, está ocurriendo una revolución que será necesario seguir con detalle para incorporar los avances a la investigación y mejorar nuestro conocimiento.


En el campo de la estadística, ya está bastante adelantado el desarrollo del aprendizaje de máquina o *machine learning*, lo que implica entrar al mundo de lenguajes de programación orientados a objetos y reestructurar todo lo que nos ha enseñado la estadística tradicional. Se superan las pruebas de hipótesis como criterios de validez para decidir acerca de la bondad de ajuste de los modelos; los datos se separan en entrenamiento y prueba, y la validación es cruzada. Se utilizan una serie de ins-



trumentos estadísticos ya desarrollados, pero con un cambio de lógica: regresiones *stepwise*, árboles de clasificación, árboles de decisión, etcétera.

Diría, para resumir, que se ha pasado de la posibilidad de analizar unas cuantas variables y unos cuantos casos a técnicas que manejan simultáneamente grandes bases de datos, en los que la depuración de los modelos sigue primordialmente criterios estadísticos.

Por último, no deben dejar de consignarse los avances de la estadística bayesiana que, al amparo del aumento de la capacidad de procesamiento de datos de las computadoras y de las mejoras en los algoritmos de cálculos, se muestra cada vez más poderosa en la estimación de modelos complejos. Se ha hecho patente que este enfoque estadístico proporciona, hoy por hoy, las estimaciones más confiables en áreas pequeñas, como se ha podido comprobar en la estimación de la pobreza multidimensional en el ámbito municipal en México.

Gracias por asistir; gracias a mi familia mexicana y a mi familia chilena conectada por YouTube; gracias a todos por acompañarme en este importante día de mi vida. Muchas gracias. 

Introducción general al libro *Desigualdad social (fragmento)**

Este libro trata sobre las diversas características de las desigualdades económicas, sociales, políticas y culturales en el México contemporáneo y examina sus interrelaciones y procesos de ruptura o reproducción. Las desigualdades prevalecientes en América Latina en general, y en México en particular, forman parte —de manera creciente— de los intereses de investigación del mundo académico, así como de las agendas de los encargados de las políticas públicas y de los organismos internacionales. Este interés y a la vez preocupación se fundamentan en las evidencias disponibles y en la noción de que las desigualdades persistentes rompen el principio de equidad que subyace a las sociedades democráticas modernas, favorecen el conflicto social y constituyen un obstáculo que atenta contra el desarrollo social de los países (Cortés, 2006).

Las estadísticas del Banco Interamericano de Desarrollo (BID) no dejan lugar a dudas: alrededor de los años noventa, en el concierto mundial América Latina presentaba la mayor desigualdad en la distribución del ingreso, más pronunciada aún que en África.¹ Un informe del Banco Mundial apun-

ta en la misma dirección (De Ferranti *et al.*, 2003). Con base en datos comparables —muestras estadísticas comunes para los distintos países, con metodologías consistentes y empleando únicamente el ingreso como indicador del estándar de vida—, concluye que América Latina y el Caribe presentan índices de desigualdad² mayores que Asia, que los países de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE) y que los de Europa del Este.³

En ese mismo informe se señala que la brecha de la desigualdad de ingresos tendió a ampliarse entre los años setenta y los noventa con respecto a los países de la OCDE y Asia, y a reducirse en comparación con los de Europa del Este. Esto último no se debió a que hubiese disminuido la desigualdad en la distribución del ingreso en América Latina y el Caribe,⁴ sino que se originó en el fuerte

²La desigualdad en la distribución del ingreso se mide con el índice de Gini, un coeficiente que varía entre 0 y 1. Alcanza el límite inferior (0) cuando la distribución es equitativa y el valor superior (1) cuando el ingreso está total y absolutamente concentrado.

³El índice de Gini para América Latina fue del orden de 0.50 en el periodo comprendido entre la década de los setenta y la de los noventa, comparado con 0.40 en Asia. Los países de la OCDE presentaban coeficientes de Gini del orden de 0.33 y el índice promedio de los países de Europa del Este fue de 0.30 (De Ferranti *et al.*, 2003: 57).

⁴Las mediciones arrojaron para nuestra región coeficientes de Gini promedio de 0.484 en los años setenta y 0.522 en los noventa.

* Fernando Cortés y Orlandina de Oliveira (coords.), "Introducción general", *Los grandes problemas de México*, vol. V: *Desigualdad social*, El Colegio de México, 2010, pp. 11-26.

¹En efecto, en esta última región, el 5% más rico se apropia de 23.8% del ingreso total, mientras que en América Latina alcanza casi 25%. En el otro extremo de la distribución, 30% de los africanos más pobres participan con 11.5%, mientras que los latinoamericanos apenas llegan a 7.5% (Klikberg, 2002: 24).

aumento de la inequidad que experimentaron los países que formaban parte de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, después de la caída del muro de Berlín.

Situado en un continente con una desigualdad en la distribución del ingreso elevada, creciente y divergente, en 2005 la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) clasificó a México, en el grupo de los países con altos niveles de desigualdad (formado por Nicaragua, República Dominicana, Chile, Guatemala, Paraguay y Argentina),⁵ categoría sólo superada por los de muy alta desigualdad (Bolivia, Brasil, Honduras y Colombia) (CEPAL, 2006a: 90).

La opinión que hoy prevalece entre los especialistas es que la concentración de los recursos económicos en pocas manos lesiona el crecimiento económico debido a dos razones complementarias. Primero, en sociedades con altos niveles de desigualdad en el disfrute del ingreso y de la riqueza suelen elegirse estrategias económicas que benefician a los sectores sociales con mayor poder, en vez de apoyar a los sectores medios y a las clases populares y, por tanto, en estos países es muy probable que no se seleccionen las políticas económicas y sociales tendientes a reducir la ineficiencia en la asignación de recursos económicos (De Ferranti *et al.*, 2003: 16). Segundo, en las sociedades donde los mercados de capitales y de seguros son imperfectos,⁶ los nuevos proyectos con altos niveles de eficiencia económica y social que podrían llevar a cabo los estratos bajos quedan fuera de sus posibilidades o, en el mejor de los casos, la rentabilidad se ve disminuida en relación con la que habrían obtenido los ricos, debido a la carencia de respaldo para obtener un crédito (De Ferranti *et al.*, 2003: 15).

La combinación de los altos niveles de desigualdad en la distribución del ingreso y el avance del

⁵ La medición en Argentina es sólo para el área urbana. Además, es conveniente recordar que en 2002 este país fue afectado por una profunda crisis económica.

⁶ En este contexto la imperfección se debe entender como obstáculos para que todos aquellos que idean algún proyecto económico rentable tengan un adecuado financiamiento y manejo del riesgo, de modo que la sociedad pueda aprovechar las mejores iniciativas desarrolladas por sus miembros.

mercado sobre el Estado que experimentó México en los últimos años repercutió en la desigualdad social. Si la salud y la educación son mercancías que se negocian en los mercados, los que más tienen alcanzan más y de mejor calidad, lo mismo ocurre con la seguridad, la vivienda, el acceso al crédito e incluso con la actividad política; en efecto, las posibilidades de llegar a ocupar cargos de representación están atadas al financiamiento de costosas campañas mediáticas, lo que en última instancia refuerza la concentración del poder político y económico.

La creación de empleos y las condiciones de trabajo también han sufrido las consecuencias de las políticas de apertura comercial, contracción de los salarios y reducción de la seguridad social. El incumplimiento de los derechos laborales, los bajos niveles de remuneración y la inestabilidad laboral, aunados a los sectores de la población forzados a generar sus propios empleos (autoempleo), merman las posibilidades de inclusión ciudadana de los trabajadores, generando procesos de exclusión y acentuación de las inequidades sociales. Particularmente preocupante es, también, el caso de la educación, pues no sólo es un factor de integración social, sino la puerta de entrada a las nuevas tecnologías productivas y de la información y la comunicación, pilares del desarrollo económico del siglo XXI. Al papel económico que juega la educación en la actualidad hay que agregar la evidencia sobre la importancia de la salud y la nutrición en el crecimiento del producto interno bruto (Organización Mundial de la Salud, OMS, 2002).

La desigualdad en la distribución del ingreso repercute en el empleo, la educación, la salud, la vivienda, el espacio público y residencial, etc., y segmenta la vida social. Los estratos sociales tienden a residir en sectores cada vez más circunscritos de las ciudades, asistir a espectáculos específicos donde la mezcla social es mínima, los hospitales se jerarquizan y lo mismo ocurre con las escuelas, los lugares de entretenimiento, etc. Así, el país se transforma poco a poco, concentrando el poder, la riqueza y los ingresos, pero pagando el costo de la pérdida de cohesión social: cada vez es menor el número de mexicanos que comparten un mismo

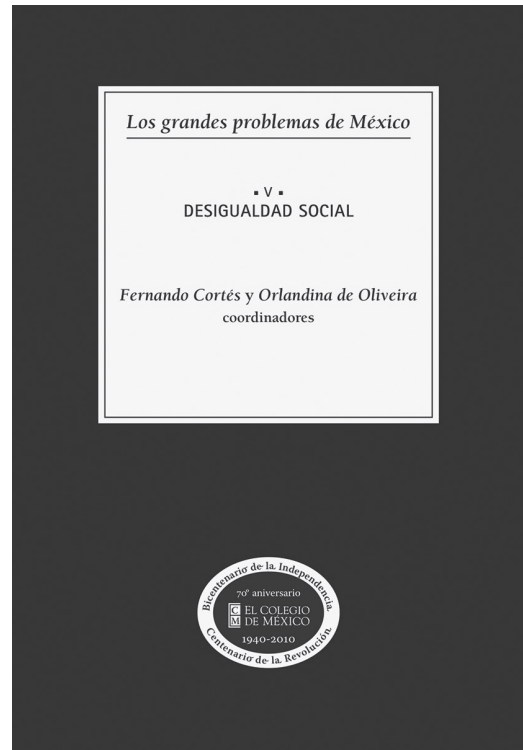
proyecto social, a la vez que aumenta el número y fracciones de los otros, ajenos y desconocidos.

[...] Los trabajos reunidos en este volumen ofrecen un panorama poco alentador de la situación económica, política y social de nuestro país a principios del siglo XXI. México se muestra como una sociedad atravesada por múltiples formas de fragmentación que se interrelacionan y se refuerzan mutuamente en un círculo vicioso. Se trata de desigualdades sociales con un carácter sistémico y persistente, con profundas raíces históricas. En varios de los textos se hace un recorrido por el siglo XX, y algunos se remontan al siglo XIX para identificar y comprender en qué medida los procesos de cambio estructurales, institucionales, legislativos, así como los conflictos, alianzas y negociaciones entre actores sociales han contribuido a generar o aminorar los procesos de reproducción de las desigualdades sociales.

De cara al futuro, nos preguntamos, al igual que muchos otros académicos, políticos, organizaciones de la sociedad civil y organismos internacionales: ¿cómo revertir la situación? ¿cómo generar dinámicas que permitan reducir las inequidades sociales y construir sociedades más equitativas, más democráticas, más justas y más respetuosas de los derechos de los ciudadanos?

Se trata de una cuestión compleja que abre múltiples vías de reflexión. Nos parece importante retomar y ubicar algunas de las ideas desarrolladas en este volumen en el contexto de la relación entre poder, desigualdad y crecimiento económico.

Dos tesis fueron dominantes en el pasado reciente: la del goteo y la del régimen político autoritario, como precondiciones para alcanzar altos niveles de crecimiento económico. La primera, basada en el señero trabajo de Kuznets (1965), sostenía que la desigualdad en la distribución del ingreso era una condición necesaria para garantizar altos niveles de inversión productiva y, por tanto, para acrecentar el producto a buen ritmo. La segunda, basada en una investigación de Huntington (1968), sostenía que la tasa de crecimiento económico era mayor en los regímenes autoritarios que en los democráticos. De ambas derivaba la conclusión de que la desigualdad tendría un efecto positivo so-



bre el crecimiento y que si, además, el régimen fuese autoritario, dicho efecto sería aún mayor. Estaba implícito, o a veces explícito, que era necesario contener la demanda social para promover el crecimiento económico acelerado.

La realidad política, social y económica en América Latina en los setenta y ochenta era un terreno fértil para que germinaran y se difundieran estas tesis, pues en la mayoría de los países de la región la tierra estaba abonada por dictaduras o por regímenes autoritarios. Sin embargo, la investigación económica mostró que la U invertida de Kuznets sólo era observable en estudios transversales y no en los longitudinales,⁷ y en el año 2000, después de una década de investigaciones, un equipo de la Universidad de Chicago encabezado por Przeworski (2000) llegó a la conclusión de que no hay relación entre regímenes políticos y crecimiento económico; que efectivamente las tasas de inversión son más altas en los regímenes autoritarios, pero que su eficacia es menor. Quedan así superadas las dos ideas madre que justificaban acrecentar los ni-

⁷ Para mayores detalles véase el capítulo 2 de este volumen.

veles de desigualdad hoy (apoyados en regímenes autoritarios) para tener un mañana económicamente más promisorio. Además, en los años noventa giró el reloj de la historia y la región, incluido México, experimentó un viraje hacia la democracia, aunque a veces ésta se limita a lo electoral.

En la actualidad, en pleno predominio de las ideas económicas que abogan por la liberalización de los mercados, la economía política establece que hay interacciones entre la distribución de la riqueza y del poder, y las imperfecciones del mercado, ya que la desigual distribución del poder influye en las políticas y el diseño de las instituciones (Levy y Walton, 2009: 16). Los vínculos entre el poder (y su distribución), las instituciones que estructuran las oportunidades, así como la elección de las políticas económicas, llevan a que los mercados no asignen los recursos en función de la eficacia, sino de otros criterios, como por ejemplo, mantener el poder de quienes ya lo detentan en lugar de alcanzar el crecimiento económico sostenido y con armonía social.

De estos planteamientos derivan dos conclusiones: 1) en oposición franca a la idea dominante en los setenta y ochenta, ahora se considera la equidad como una condición necesaria para alcanzar el crecimiento económico y 2) el análisis económico de los factores que impiden el crecimiento del país apunta, aunque sin nombrarlo, en dirección del concepto de “pacto de dominación” acuñado por la vertiente histórico-política: los altos y persistentes niveles de desigualdad se deben, en gran medida, a la desigual distribución del poder y de los recursos.

Con estos antecedentes podemos ensayar una respuesta general y abstracta acerca de los derroteros que habría que transitar para revertir la desigualdad en los diversos planos que examinamos en este libro. Dicho sucintamente, habría que transformar el pacto de dominación en un pacto social, entendiendo por este último democratizar no sólo los derechos civiles y políticos, sino también la ciudadanía social, “vale decir, el acceso a los activos y prestaciones que ofrece la sociedad y el pleno reconocimiento de los distintos grupos que pertenecen a ella, con sus diferencias específicas” (Hoppenhayn, 2008: 17).

Desde esta perspectiva, lo primero que salta a la vista es la necesidad de repensar la estrategia de desarrollo puesta en marcha en México a partir de los años ochenta. La experiencia descrita en este libro pone en evidencia que el libre juego de los mecanismos de mercado no ha sido suficiente para lograr el crecimiento económico, disminuir las desigualdades sociales y eliminar la pobreza extrema, ni para repositionar al país en la nueva división internacional del trabajo. Se requiere la participación del Estado y de los diferentes sectores de la sociedad en la formulación de una nueva estrategia de desarrollo, fundada en los principios de equidad, solidaridad y justicia y orientada a garantizar la ciudadanía social, es decir, los derechos económicos, sociales y culturales de las personas. El acceso a un trabajo bien remunerado y con prestaciones, a un nivel de vida adecuado, a la salud, alimentación, vivienda, educación, protección social, reconocimiento étnico e identidad cultural constituyen derechos humanos universales (Hoppenhayn, 2008: 17).

A partir de los planteamientos de Marshall (1950), Rawls (1971), Bobbio (1995) y Sen (2000), entre otros, la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL, 2006b) ha señalado la necesidad de un pacto o contrato social basado en el establecimiento de una nueva institucionalidad que redefine las interrelaciones entre los diferentes actores sociales (Estado, partidos políticos, sindicatos, grupos empresariales, organizaciones de la sociedad civil). Se trata de crear compromisos y responsabilidades sociales que permitan llevar a cabo los cambios estructurales e institucionales necesarios para generar oportunidades sociales accesibles a diferentes sectores sociales y garantizar el reparto más equitativo de los beneficios del crecimiento económico (Sen, 2000). Como bien lo define Hoppenhayn (2008: 28), el pacto social debe ser visto como un instrumento político que permita dar continuidad a las políticas sociales a mediano y largo plazos, asignar el gasto social para lograr un mayor efecto distributivo y garantizar los recursos fiscales requeridos para poner en marcha los programas propuestos.

¿Cómo lograr un pacto social que redefine las metas y provea las reglas del juego para lograrlas?

Conviene remarcar que las pronunciadas inequidades sociales existentes en nuestras sociedades se erigen desde una distribución desigual del poder, que conlleva a una apropiación inequitativa de los excedentes mediante los mecanismos de explotación y acaparamiento de recursos y oportunidades (Tilly, 1999). Un nuevo proyecto de nación fundado en principios de equidad y justicia social requiere el fortalecimiento y ejercicio de los derechos ciudadanos, así como de la organización y participación política de diversos sectores sociales para romper el círculo vicioso que lleva a que los excluidos socialmente también sean los más débiles políticamente (CEPAL, 2007).

La elaboración y puesta en marcha de políticas públicas no puede hacerse al margen de los intereses ciudadanos y en favor de unos pocos que buscan orientarlas en beneficio propio. La participación ciudadana en la elaboración de las metas sociales, en la discusión sobre la reglas que rigen a la comunidad y en la ejecución de las políticas es esencial para lograr la cohesión social y la gobernabilidad (CEPAL, 2006b; Hopenhayn, 2008). Asimismo, para ser efectivas tienen que darse en un marco de cambios estructurales orientados a romper los mecanismos de reproducción de las desigualdades dentro del país y entre países (Calderón y Sz mukler, 2001).

Un pacto social de esta índole permitiría redefinir el “pacto de dominación”, al aumentar la capacidad de negociación de los grupos sociales históricamente excluidos, lo cual llevaría a cambiar las reglas de distribución del poder y de los recursos. En un marco de redefinición de las relaciones entre el Estado y la sociedad se abre la posibilidad de plantear y poner en marcha una serie de políticas públicas que a mediano y largo plazos podría tener efectos positivos para el país y para los sectores sociales más desprotegidos.

De los artículos de este volumen se desprende la necesidad de llevar a cabo una serie de medidas de política. A modo de ejemplo podemos señalar que sería necesario: elaborar una política industrial —dirigida al fortalecimiento de la economía nacional— para hacer que la producción interna sea competitiva con las importaciones;

emprender una política de desarrollo científico y tecnológico orientada a reposicionar a México en la nueva división internacional del trabajo; y elaborar una política fiscal para ampliar la recaudación, así como políticas de reasignación y aumento del gasto social.


En el ámbito de las políticas laborales, la agenda propuesta por la Organización Internacional del Trabajo (OIT, 2002) es extensa: se deberían estimular los programas de creación de empleo de calidad; buscar la adecuación de la legislación nacional a las normas internacionales; garantizar condiciones laborales dignas; respetar la negociación colectiva (de las condiciones de trabajo, del ajuste salarial, del aumento de la productividad y la distribución de sus beneficios), y desarrollar programas de calificación, capacitación, entrenamiento y formación laboral. A lo anterior agregaríamos la necesidad de poner límites a la estrategia empresarial de reducción de los costos laborales como el camino privilegiado para lograr un aumento de la competitividad en los mercados internacionales.

Se requieren políticas de empleo, educación y salud orientadas a ampliar las posibilidades de inclusión social, esto es, de acceso a los derechos de ciudadanía y a una mejor calidad de vida. Para ello habría que garantizar la igualdad de oportunidades, de ingresar al mercado de trabajo, tener acceso a la escolaridad y a los servicios de salud, así como incrementar la calidad de los empleos, de la enseñanza y de la atención médica hospitalaria.

También es importante tener en cuenta que el reducido efecto de algunas políticas sociales se debe, como se muestra en algunos de los capítulos, a que no se atacan los problemas de fondo vinculados a las marcadas desigualdades socioespaciales existentes en el país. Además, a pesar del avance de la democracia política, todavía no se han abierto los espacios de participación y negociación ciudadana suficientes para lograr una redistribución de la riqueza entre sectores sociales y espacios territoriales. Aspecto que, a su vez, pone límites a la consolidación de la democracia.

Es pertinente, de igual forma, llamar la atención sobre las inequidades sociales ancladas en las dife-

rencias étnicas y de género que, al acoplarse a las inequidades de clase, llevan a procesos de segregación y discriminación social, así como a la violación de los derechos humanos. La confluencia de diversas formas de inequidades sociales (de clase,

género, étnicas y territoriales) contribuye a fragmentar el tejido social, mermar las relaciones de confianza y de solidaridad, y a reproducir los factores que llevan a intensificar aún más la desigualdad persistente. [...] 

*Reseña de Método científico y política social. A propósito de las evaluaciones cualitativas de programas sociales de Fernando Cortés, Agustín Escobar y Mercedes González de la Rocha***

Del falso barranco a la necesidad (y riqueza) del diálogo

Si leer un libro siempre se hace desde el sitio y la experiencia con que cuenta el lector, en el caso de un texto científico —y aún más en el que se reflexiona en torno al método seguido en el trabajo analítico que implica evaluar políticas sociales— es irremediable que quien lo lee lo haga desde el trabajo que realiza, la posición que ocupa o la perspectiva que considera adecuada sobre el tema. No hay, para esta condición, otro sendero.

En la lectura del libro de Cortés, Escobar y González de la Rocha, estuvo presente para este escritor la referencia al campo de investigación de la sociología de las universidades a que pertenece. Y, sobre todo, a uno de los momentos en que el supuesto precipicio que separa a las indagaciones que emplean cifras y métodos basados en la estadística —por un lado—, con respecto a las de carácter etnográfico —por el otro— perdió sentido. En ese entonces advertí que el diálogo enriquecía lo que es común, similar e imprescindible en el más estricto uso de la palabra, con independencia de las técnicas empleadas: la necesidad radical de la inferencia

como actividad teórica y el cimiento empírico que la sostiene.

El episodio que narro ocurrió al inicio de los años noventa del siglo xx. Se estudiaba por qué fue así, cómo fue la creación del espacio para el trabajo académico en las instituciones de educación superior mexicanas, y no de otra manera. El mismo fraseo de la pregunta remite a Weber y su proyecto intelectual: al esfuerzo por lograr una sociología comprensiva, esto es, que explique comprendiendo, o comprenda explicando por qué un fenómeno social fue así y no siguió otro de los cursos de acción también posibles. Que relacione, siempre, la propuesta de regularidades probables con un sentido que las haga inteligibles. Unir el esquema propio de la explicación (causa/efecto) con el correspondiente a la comprensión (medios/fines), pues dar cuenta de la pura generalidad de cierta tendencia es estadística ayuna de sentido, habitante de archiveros o viejos informes presidenciales, y el relato pormenorizado y sin control de “un ejemplo” no es historia, sino en el mejor de los casos novela, o simple anécdota.

Un grupo de trabajo construyó una muestra, amplia y de acuerdo con los cánones de profesores universitarios, y les solicitó que respondieran un cuestionario. No detallo más, no viene al caso. En paralelo, Susana García Salord, estudiosa del mismo tema, entrevistaba a doce profesores, a los que había elegido intencionalmente —que no arbitrariamente— de la UNAM. Se compartía, entre

* Profesor-investigador en el Centro de Estudios Sociológicos de El Colegio de México.

** Publicada en la revista *Estudios Sociológicos*, vol. 27, núm. 81, 2009, pp. 1061-1070.

otras, una pregunta: ¿cuál había sido el origen social, el capital cultural con el que arribaron a ser parte de la planta académica mexicana los miles de profesores que la expansión del sistema había hecho necesarios en los años en que la matrícula nacional se multiplicó más que los panes y los peces (1970 sobre todo)? La aproximación era diferente. Con sentido del humor, la doctora García Salord decía que los datos derivados de la encuesta eran “fríos, trozos de hielo”, en comparación con el relato de sus entrevistas a profundidad; y siguiendo la complicidad que todo diálogo lleva cuando es tal, le replicaban que pasar de sus “cálidos cuentos a ciencia” era imposible. Aclaro que en esto —y el buen humor da cuenta de ello— había un profundo respeto por el trabajo del otro, y claridad en que se empleaban modos de aproximación diferentes.

Un día, en un centro de cómputo, limpia la base de datos, con ese sentimiento tan peculiar que antecede a la primera visión de un resultado largamente construido, el grupo observó por primera vez, mediante una distribución de frecuencias, la escolaridad de los padres de los académicos —profesores universitarios— y el grado máximo que tenían al iniciar sus carreras en los salones y pasillos de las diversas instituciones: 70% eran hijos de padres sin primaria, y sólo 8% tenían algún progenitor con experiencia en estudios superiores. Esto es: 9.2 de cada diez fueron “pioneros” absolutos (los primeros de cada casa e historia familiar) no sólo al arribar a la educación superior sino, además, en ser, súbita e inesperadamente, “catedráticos”. Los “herederos” de esta condición, fueron minoría sin duda. El valor de la moda con respecto al grado máximo, al iniciar sus clases, era sólo la licenciatura, pero cerca de un 40% no la había culminado. Sólo 12 de cada 100 tenían, al inicio de sus carreras, un grado superior al que buscaban obtener sus alumnos.

En ese momento, por cierto, se hizo trizas la vieja idea, no exenta de una pizca de vanidad, que algunos atesoraban: haber sido casos peculiares en la academia pues hijos de padres casi sin estudios ya eran profesores universitarios, siendo, además, todavía estudiantes en el nivel de la licen-

ciatura. No era consecuencia de genio precoz, sino un rasgo social compartido por la mayoría de sus ahora compañeros de oficio. Bienvenido al país, colega: al país en que la premura manda...

¿Es frío ese dato? ¿No dice nada importante en la evolución social del país y de su educación superior? Deja fríos, sí, a muchos estudiosos del tema en otras partes del mundo que se preguntan por qué no se contrataron doctores. Pues porque no los había, y ya. Pero, insisto ¿es un dato frío, o todo un indicador que muestra la complejidad de trayectorias aceleradas, maduras a golpes, como José Martí dice de las frutas en la maravilla de poema al que tituló “Amor de ciudad grande”?

Por su parte, la doctora García Salord, al entrevistar a una doctora en química, recuerdo, halló que su padre fue mesero en el banquete que al cuerpo diplomático acreditado en México se le brindó con motivo de la inauguración de Ciudad Universitaria. Esta profesora le dijo: “Mi papá, viendo la nueva universidad mientras servía, se prometió a sí mismo que cuando tuviese hijos estudiarían ahí. No había él más que terminado la primaria. Con gran esfuerzo logró que estudiáramos (...) Aquí estoy, y mire que entré a dar clases cuando aún era pasante”. Por la forma de su obtención, ¿es este un dato cálido?

Veamos. Quien redacta este texto llegó a dar clases en la universidad antes de terminar la carrera y sin gran capital cultural de procedencia, medido por la escolaridad de sus padres: soy parte de un conjunto enorme —40% en lo primero y del 70% en lo segundo—. Apresurado, habilitado al vapor como profesor, cambié mi destino si lo fuera la infancia sin remedio: vender cerveza, no ser universitario y mucho menos escribir una reflexión suscitada por este libro. Y la doctora en química vive en otro lado social también cuando su derrotero más factible, sin la movilidad social que ocurrió en ese momento de la historia, era ser mesera o secretaria. No es así, condenada al origen, por el esfuerzo de su padre, inscrita en una circunstancia social específica —oportunidad no esperada, expectativa que no fue tal pues llegó y nos hizo suyos— e iniciada en el oficio a trompicones, como muchos miles más...

No es cuestión de “temperatura de los datos”, sino de dos maneras de aproximarnos a un fenómeno que derivan de preguntas semejantes, tradiciones formativas distintas, concepciones similares en el afán de sostener con evidencia lo anticipado desde una trama teórica y resultados convergentes. ¿Pelemos por cuál de los dos acercamientos es el adecuado? Sería soberbia y desatino. Celebramos la confluencia, pues proviene de la certeza del trabajo arduo, como mineros, de la misma veta con distinto zapapico.

Entre sus entrevistados, conversó largamente con herederos, no sólo hijos sino nietos de universitarios. Y de éstos la muestra también registra cierta proporción. Ella sabe que los herederos son pocos, pues los pioneros refieren que así eran todos en su tiempo, mientras los herederos afirman que entraron personas sin preparación alguna...

En fin, este es el referente que acompañó a mi lectura de un libro que ha de leerse y estudiarse y, si no me equivoco —por eso me atrevo a relatarlo— lo será siempre desde una experiencia de investigación determinada, una posición en la que se participa en (o se observa) el diseño y desarrollo de políticas sociales e, incluso, a partir de debates escolares de los que un científico social en ciernes está enterado y, tal vez, ya ha tomado partido, de forma prematura, como si de procesos analíticos incommensurables u opciones políticas o deportivas incompatibles se tratara.

Una de las grandes aportaciones de este libro, que merece la noble expresión castellana de enhorabuena, es que refuta tal parecer y lo hace con conocimiento de causa. Ahora bien, ¿se trata en sentido estricto de una reseña lo que a continuación encontrará el lector? No, y la respuesta es así pues como tal, la presentación que al texto hace Rosa María Ruvalcaba cumple con creces el objetivo de dar a conocer, de manera ordenada, crítica y fina en sus observaciones, el contenido del libro. Basta leer la presentación para tener una idea a fondo de la empresa que enfrentaron los autores y cómo la resolvieron desde el punto de vista de una conocedora de las temáticas que no sólo relata lo que se hizo, sino que lo acompaña con sus preguntas y conjeturas.

Entonces, la tarea factible es dar testimonio de la lectura del libro por parte de un colega al que interesan los temas de la metodología y la creación de esquemas que permiten la inteligibilidad de los fenómenos y procesos sociales. Para ello, propongo un conjunto de consideraciones¹ que procuran invitar a su lectura y, a su vez, anticipan dilemas y debates posibles. Ya el lector podrá añadir otros: de eso se trata.

Las ventajas de la tensión

Hay algo que ocurre al menos en algunos casos en la ciencia que es interesante: de la tensión resultante de dos tendencias, aparentemente contradictorias e irreconciliables, si un investigador decide no optar por alguna, sino intentar una síntesis de sus aspectos relevantes —como si se hiciera una fusión en la música— surgen nuevas alternativas.

Es el caso de Weber, entre el historicismo y el positivismo. Rechaza del primero la supuesta dignidad de la acción humana, refractaria a la acción científica, por el hecho de otra suposición: la incalculabilidad —la imposibilidad de previsión ni siquiera probable— a resultados del libre albedrío. Pero rescata su afán por interpretar, por comprender, aspecto sin el cual su proyecto de sociología queda trunco. Y es cierto.

Del positivismo rechaza la pretensión soberbia que argumenta que sólo será ciencia aquella actividad que sea semejante a la mecánica *newtoniana*, que las regularidades concebidas como leyes son las que cuentan y que las explicaciones o interpretaciones teóricas son siempre especulativas y endeble. El mejor ejemplo que arguyen es que la ley de la refracción de la luz propuesta por Descartes sigue siendo válida (regularidad firme) en el dominio de su aplicación, aunque el filósofo considera que esto es así dada la velocidad infi-

¹ Sobre todo respecto a lo propuesto por los autores en los tres primeros capítulos y la conclusión, pues aunque la lectura de los casos específicos resulta muy importante, al no ser un tema de estudio que conozca bien, me remití a las reflexiones de corte metodológico en las que concentro mi mirada.

nita de la luz. Esa parte, la explicativa, se derrumba al conocerse que la velocidad de la luz, si bien enorme, es finita, pero que esto ocurre sin afectar al enunciado legal. Rescata, entonces, que si bien las generalizaciones no bastan, son necesarias para tener asidero al momento de imputar sentido a las acciones sociohistóricas.

Y sucede igual con Popper: huyendo de la metafísica los científicos rehúsan afirmar nada del mundo, hartos de las discusiones inaprensibles de la filosofía, y se refugian en el instrumentalismo —las teorías son meros instrumentos de cálculo, y mientras sean útiles se mantienen—. Popper señala que tienen razón en escapar a la especulación sin freno, pero no en renunciar a la búsqueda de la verdad, pues es esa la tradición griega de la ciencia y de la crítica, retomada en la Ilustración. Por ende, de la concepción que “esencialista” rescata la primera doctrina, que afirma la aspiración constante por conocer “la verdad”, y rechaza las otras dos: que esto es posible lograrlo del todo y que las mejores teorías son las que alcanzan las esencias; y del “instrumentalismo” acepta su aporte como esquemas de cálculo, pero afirma que no sólo son eso. Arriba, entonces, a su tercera concepción: la generación constante de conjeturas que buscan hacer contacto con la realidad a sabiendas de que no lo logran del todo jamás, para intentar siempre falsearlas, proceso en el cual es importante su elemento instrumental.²

Algo similar encuentro en este libro: Cortés, Escobar y González de la Rocha, pudiendo optar entre la falsa dicotomía cualitativo/cuantitativo —pues cada uno es diestro en lo suyo (Fernando en el trabajo con bases de datos de corte estadístico, y Agustín y Mercedes en el proceder etnográfico)—, se esfuerzan por sostener la tensión y arriban a una convergencia muy importante y, si se le mira bien, reveladora:

Es el profesor de generaciones en cuestiones de manejo de datos (no sólo, pero sí de manera destaca-

²Esta apretada síntesis se encuentra desarrollada por Popper en “Tres concepciones sobre el conocimiento humano”, en *Conjeturas y refutaciones*, Barcelona, Paidós, 1983.

da) el que afirma, y ha sostenido desde hace años, la mala puntería de los “cuantitativistas” en su ataque a los “cualitativistas” cuando afirman que los segundos no pueden generalizar y hay sesgos en la construcción intencional de las muestras. ¿Por qué afirma que esta crítica es inadecuada? Porque sabe que los riesgos de la generalización son compartidos en ambas aproximaciones —no sabremos, ya elegida la muestra, si resultó “buena”, sobre todo en ausencia de parámetros del universo confiables (situación hartamente frecuente): hay, al menos, un 5% de probabilidad de que aunque muy cuidado todo el proceder resulte una de las “malas” (y como diría Descartes, con una vez que pase ya hay que desconfiar metódicamente...) y es imposible despejar los sesgos de este proceder, pues la teoría siempre juega al hacer observable lo inobservable... Francamente me hizo pensar mucho la analogía de la relación entre validez externa e interna, con la que hace 25 siglos aportó Aristóteles entre la comprensión y extensión de los conceptos. A más de una, menos de otra. Es un punto a pensar detenidamente. Y los colegas, formados en la antropología y entrenados en las muy complejas lides etnográficas bien hechas, no tienen empacho en reconocer los límites de sus aproximaciones, pero tampoco en reconocer los alcances y las confluencias con otras perspectivas de acercamiento a los observables.

Si no hay dogmas, las confluencias son posibles, no por ausencia de tensión sino al contrario: dada la tensión intelectual que implica entender(se) y comprender al otro, resultan fructíferas.

Por una investigación sin adjetivos

De ahí mis notas de lectura brincan a sostener —con los autores— que vale la pena hablar fuerte, insistir cuantas veces sea necesario ante una comunidad de científicos sociales que sigue afeerrada, en buena medida, a una falsa dicotomía entre la así mal llamada “investigación cuantitativa” y la “investigación cualitativa”, perdiendo la oportunidad de la confluencia inteligente y protagonizando “guerras” supuestamente epis-

temológicas, más bien derivadas de la ignorancia: concuerdo con ellos sobre que es necesario proponer que la investigación en ciencia es eso, investigación científica, y es buena si hace comprensible intelectualmente, en cierta medida o rango, lo sucedido. No resulta buena o mala por los procesos metodológicos de la operacionalización conceptual que lleve a cabo. De ahí derivan los adjetivos —cuantitativa, cualitativa— que no son necesarios: apuntan a los métodos, no al proceder, inferencial, que los hermana.

Investigar consiste, según entiendo, en generar, si es el caso, o emplear una estructura de inteligibilidad sobre un dominio de objetos de conocimiento, no visibles sin ella, y que como tal (estructura) contiene relaciones de ligazón lógica coherente, ya sea predicando cómo es el mundo en el caso de una teoría sustantiva, o como tipo ideal al construir un parámetro de comparación absolutamente imposible en lo real, para a contraluz generar hipótesis e indagar el sentido del curso real de las acciones, procesos y relaciones sociales.

Echado a andar el proceso, lo hallado que no se acomoda o se asimila pone en crisis a la propuesta de inteligibilidad que el sujeto que investiga ha diseñado, de tal modo que se rompe con la pureza de un idealismo unilateral: la información, ordenada de acuerdo con las reglas de la estrategia analítica para explicar y comprender se rebela, no se deja atrapar y lo maravilloso es que es visible —en el sentido de observable— merced al esquema: dicen los que saben que lo que sucede es que junto con lo observable que se amolda al esquema de asimilación, surgen, inadvertidos en principio,

otros. Y es así en efecto si se avanza (...). Si sólo se dan vueltas a la misma noria, todo queda impecablemente acomodado, pero estéril.

El método llamado científico, y que no creo que sea adecuado considerarlo normativo, sino una reconstrucción *a posteriori* de sus rasgos típicos a lo más, se centra en operar, no en adorar sino laborar con los conceptos, elementos del esquema ya mencionado, para que sean observables y por ello, medibles: y aquí concuerdo con los autores, y no estaría mal hacerlo más enfático: todo es medible si entendemos por tal comparable —contra un parámetro, en contraste con otro caso, contra nuestras teorías previas e incluso las consabidas prenociones— de tal manera que la aproximación que se dice cuantitativa compara, por ende mide; y la cualitativa compara, por ende mide.

¿Hay una raíz común? Claro, el modo de aproximarnos, con hartos números o con muchas páginas de conversación a la que le aplicamos una malla de inteligibilidad semántica, con regresiones no lineales o con procedimientos de saturación del discurso, depende de las preguntas. Y esas preguntas se responden, o al menos se intenta, a través de la inferencia, verdadero cimiento del trabajo científico y, yendo más al fondo, del conocimiento humano.

Inferir es tan necesario como comer y beber. No podemos evitar, sin una profunda angustia, la necesidad de explicar o dar razones de lo que sucede. Por eso los autores del libro confluyen, pues se comunican, con respeto y escucha atenta, la verosimilitud de sus inferencias, de las proposiciones causales que anticipan y luego ponen

en correspondencia con la información disponible. Nunca se reorganiza la realidad “tal como es” (eso está, desde Kant, totalmente fuera del proyecto cognitivo humano), pero sí es posible evaluar cuál de las aproximaciones teóricas —con independencia de sus técnicas para producir la observación de lo importante— es la mejor disponible: ya será superada, sólo es cuestión de tiempo...

Varios telegramas...

De estos temas se pueden escribir muchas cuartillas, pero un comentario, una invitación a leer y discutir con lo dicho en el texto ha de tener límites. Este libro vale mucho por eso, por lo que suscita.

Enderezo el rumbo de la reflexión, sólo como ejemplo de tantos posibles, con unos telegramas, agenda o emplazamiento para discutir con los tres cómplices a los que aludo como escribanos del libro y sus lectores, ojalá muchos:

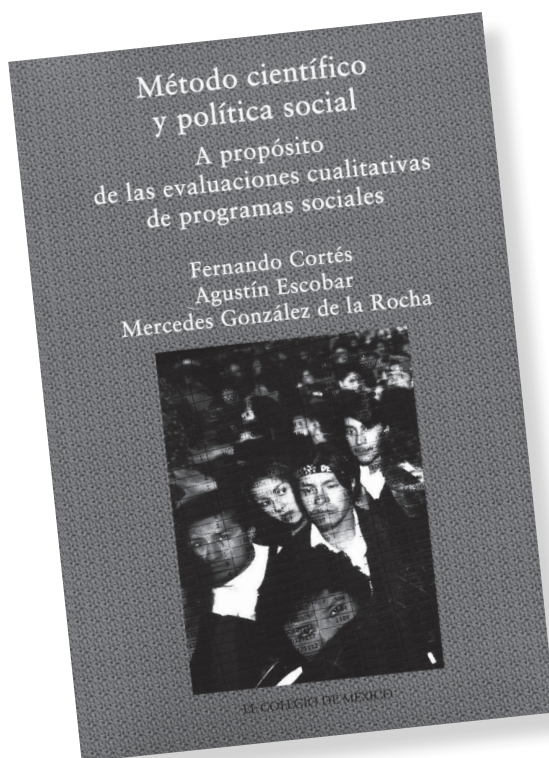
Es imposible afirmar, considero, que no exista o exista UNA realidad. Afirmar lo uno o lo otro sería resultado de un conocimiento *nouménico*, esto es, de la esencia de las cosas, de lo que son, las hace ser y no cambia, ni ha cambiado ni cambiará. El ya referido Kant dice que lo que nos es accesible, como posibilidad de conocimiento humano, es lo *fenoménico*, lo que las cosas son para nosotros, de tal manera que en el esquema de la página 31 no es necesario afirmar que *hay* realidades varias, aunque es a mi entender muy adecuado señalar que de las varias que hablamos son construidas, no constatadas. Está fuera del alcance humano saber si hay una, o no, pero como diría Piaget, si la hubiese, ha de estar organizada, pero no de cualquier manera.

Que sea inaccesible al conocer humano ni conduce a dejarla como supuesto de un sano realismo, so pena de declarar que toda la realidad es construcción sin referencias a lo que resiste o apoya, y por lo tanto, equivalentes o resultado de convenciones sociales sin asidero, puro poder sin control en la puesta en correspondencia con la parcela de lo real que hemos organizado intelectualmente. Creo que es más preciso indicar que todo acercamiento a “ella” sí es elaborado por el sujeto, pero

sin cesar, a partir y retornando siempre a la relación con los objetos.

Cuando Hume despierta a Kant, según confesión del segundo, de su sueño dogmático, al mostrar que la causa y por ende la causalidad —cuestión que Cortés y sus colegas hacen muy bien en distinguir— no son observables (lo son contigüidad, antes y después... pero la causa es otra cosa) sino atributos del sujeto como Categoría de la Razón, imputaciones (Weber) o atribuciones (Piaget) desde las teorías que hace un sujeto activo, lo hace en general, para todo conocimiento humano, no sólo incluyendo, sino enfatizando que es el caso en el científico. Este aporte es uno de los pilares de la epistemología moderna, esa que no pretende guiar cómo hacer la ciencia, sino que se propone estudiar cómo se hace la ciencia, aceptando para sí, como actividad científica similar, todas las exigencias de una ciencia empírica.

Dado que la explicación causal es una propuesta del sujeto y no deriva de la mirada simple a la empiria, vale tanto para el que investiga empleando la estadística más sofisticada o el proceder etnográfico-



co más elaborado. Desde el camino aceptado, y no por el modo de andar adoptado, queda como tarea ineludible hacer proposiciones causales y mostrar su solvencia en el tribunal de la inteligibilidad más exigente: coherencia lógica y resultados sólidos de la puesta en correspondencia con la información analíticamente elaborada. No hay nada de información cruda, de esa que, ingenuamente se dice: “ahí está, sólo es cuestión de abrir los ojos”. De nuevo Piaget ayuda con una frase directa y contundente: “Uno no sabe lo que ve, sino ve lo que sabe”.

¿En realidad Oportunidades ha hecho cambiar las cosas? Salud, educación, nutrición (...) trabajo de las mujeres, los niños, relaciones comunitarias (...) ¿qué ha de ser parte de la propuesta de modelo de atribución o imputación causal? Esta pregunta no se salva diciendo que se hace estadística o etnografía, sino mostrando la coherencia de la información, organizada en un modelo explicativo, para cotejarla con las inferencias previas, esas cosas a las que suele llamárseles hipótesis o conjeturas, y entonces comprender. Sin ello, habrá demagogia, anuncios en la televisión del gran beneficio de tal programa, pero no una evaluación del impacto de la acción programada en la complejidad de las relaciones sociales y sus patrones relativamente estables de referencia.

Cuando Weber se propone sintetizar al historicismo con el positivismo para lograr una ciencia de lo social que valga la pena, pues explica y comprende, se lanza a una aventura intelectual difícil: no queda bien con nadie, pero funda una manera de ver al mundo —creo que no sólo al social— que es muy valiosa y patrimonio común. Por ello el último telegrama de este apunte para conversar con los autores y otros lectores del libro es la siguiente desmesurada opinión, sujeta a la más dura crítica, pero que proviene de haberles leído con empeño:

Me parece que la síntesis y diálogo que logran entre el trabajo con base en *datos* estadísticos —advirtiendo sus alcances y límites al construirlos— con los *datos* que provienen de aproximaciones etnográficas, tampoco perfectas e igualmente construidas, es paralelo al *weberiano* entre la explicación y la comprensión: el primero privilegia, no se agota, en el esquema causa-efecto, y en el se-

gundo predomina, se enfatiza pero no se reduce, al esquema medios-fines. Al estar en relación, su horizonte es comprender y explicar, como la ciencia social, a mi juicio, ha de hacer. Ya sea el impacto de un programa, un hecho, un conflicto o la anomia (...). Lo crucial es saber que siempre hay aproximaciones mejorables, y esos acercamientos son más potentes si se fertilizan los procederes entre sí, y no se declaran incompatibles: por ejemplo, una cosa es medir en cuántos casos los beneficiarios mandaron a los hijos a la escuela, y otra, distinta, es cómo fue la experiencia escolar —entre un profesor que llega el martes y se va el jueves, o un muchacho del CONAFE que se la juega de lunes a domingo por generar ambientes de aprendizaje—. El impacto del programa en un nivel de observación, no menor pero incompleto, es que aumente la permanencia en la escuela, para lo cual un trabajo estadístico es necesario. Mas el impacto en la equidad y la posibilidad de contar con elementos para salir de la condición marginal, si no integra en su concepción y análisis la variabilidad de la experiencia educativa, se queda corto. Ese terreno, no abordable por los procederes de las encuestas, halla en la etnografía un camino eficaz que, en conjunto con el anterior, amplía el panorama. Insisto: si son convergentes y estimulan la mejoría en cada caso, las aproximaciones técnicas que cada pregunta o subdimensión de la indagación requiere y su confluencia son, más allá de compatibles, necesarias.

Esto, de una manera muy clara, afirma Rosa María Rubalcava en su ensayo inicial:

Concluyo esta presentación convencida de que en las dos grandes secciones en que se divide el libro (los tres primeros capítulos de reflexión metodológica y los tres siguientes en que se muestra la fertilidad de la indagación etnográfica en el análisis de los programas sociales)³ se exponen estrategias de investigación de las que asegurar que “son complementarias”

³ El paréntesis no proviene del original, sino del redactor para poner en contexto la cita de la autora. Y cuando, más adelante, se ponen unas palabras en cursivas y negritas, no es que así provengan en el texto de la doctora Rubalcava, sino que considero necesario destacarlas dada la argumentación previa.


es decir muy poco. Los dos enfoques están llamados a integrarse en una sola perspectiva porque el desvincular las evaluaciones *cuantitativas* —estadísticas— de las cualitativas —etnográficas— y no prever su realización regular y sistemática tendrá costos muy altos para el diseño, ejecución y rendición de cuentas de los programas sociales, pero sobre todo en los efectos de las acciones que dirigen a sus beneficiarios. (...) [porque] los acuerdos académicos también son construcciones sociales.

Añadiría a esta muy certera forma de expresar el eje central del libro que, si bien referido a la evaluación de programas sociales, la propuesta rebasa este objetivo específico para dirigirse a otro, más general: para una ciencia social que valga la pena, decir que no son compatibles las aproximaciones estadísticas y las etnográficas es ya insostenible; afirmar que son complementarias, como bien dice Rubalcava, es insuficiente, porque vinculándolas hay una fertilidad en la comprensión y explicación de los fenómenos sociales mucho mayor.

Acerca de las generalizaciones

Cierro este comentario con una veta que, sin ambages, me entusiasma al reflexionar sobre lo leído:

cuando se critica a la etnografía de no poder generalizar sus hallazgos o a la estadística por ser fría y extrapolar simples valores de sus muestras a las poblaciones, se olvida un aspecto crucial en la epistemología de las ciencias sociales: la generalización, en otro sentido de la palabra, implica el reto de generar un esquema de explicación y comprensión amplio, replicable, abierto a su enriquecimiento y susceptible de guiar las investigaciones sobre un campo o proceso *en general*; de este modo, la generalización que vale mucho más la pena como proceso intelectual es la que, con independencia del modo de aproximarse a su objeto, propone, con solvencia teórica, un modelo analítico sólido —una estrategia para hacer inteligibles los fenómenos sociales, compuesto por los factores causales más relevantes y sus relaciones— que nos hace avanzar en la explicación y entendimiento de lo que, en este caso, una política pretende hacer, hace o finge hacer a sabiendas del engaño.

Es el modelo analítico lo que está en juego. Su nivel de fertilidad, generalizable como propuesta teórica abierta a la crítica es crucial. Es, bien visto, lo que importa. Es el avance en la teoría que reflexiona sobre su camino: eso es la metodología que requerimos; son los caminos que hay que pensar. Es lo que hace este libro y por eso importa estudiarlo, que leerlo no basta. 

Los métodos cuantitativos en las ciencias sociales de América Latina**

A modo de introducción

MI ponencia versará sobre la evolución del uso de la estadística en nuestros países en los últimos cuarenta años. No creo que esté demás señalar que sintetiza mi experiencia personal en la investigación sociológica y en la enseñanza de la estadística y la metodología a estudiantes de sociología, ciencia política, demografía y economía.

Tal vez una buena manera de introducirnos al tema sea recordar parte de los hechos que me tocó vivir en FLACSO, en Santiago de Chile, en mis primeros años de vida académica. Santiago de Chile a mediados de los sesenta era un crisol intelectual de las ciencias sociales de América Latina, avivado por la lucha sostenida entre las opciones políticas en pugna. Desde 1964 Chile era gobernado por el primer presidente democristiano de su historia, Eduardo Frei Montalba, quien había derrotado a Salvador Allende en su tercer intento consecutivo

para llegar a la presidencia del país, en 1964. Chile era una isla de democracia en América del Sur y, en la década de los cincuenta, una serie de organismos internacionales habían abierto ahí oficinas. La apertura de escuelas con programas de posgrado en ciencias sociales por organizaciones dependientes de la ONU, como la UNESCO y otros organismos internacionales, aunada a la libre conjugación de las ideas sin restricciones, hizo que una pequeña ciudad de un país en el rincón del mapamundi —pero con vista al mar— gozara del privilegio de contar con una concentración sin precedente de la inteligencia de la región.

Mirado retrospectivamente, con el reposo que da el paso del tiempo, se puede decir que dos eran los grandes temas que atravesaban el quehacer de las ciencias sociales de la época: a) la lucha entre el paradigma dominante de *la modernización* y el emergente de *la dependencia*, que era un reflejo de la disputa en el terreno político que sostenían básicamente la izquierda y la democracia cristiana, y b) las discusiones teóricas, dentro de la izquierda, referidas a la conquista del poder, que surgieron después de la victoria de la Revolución cubana, cuyo amplio espectro se extendía desde la posición que proponía la vía armada hasta la que planteaba el camino de las urnas.

Mientras esto ocurría en el mundo real, los profesores enseñaban la teoría de los sistemas sociales de Talcott Parsons, las teorías de alcance medio de Robert Merton o la economía del bienestar. Los

* Publicado en la revista *Íconos, Revista de Ciencias Sociales*, núm. 30, Ecuador, enero 2008, pp. 91-108. Disponible en: <https://iconos.flacsoandes.edu.ec/index.php/iconos/article/view/255> y <https://doi.org/10.17141/iconos.30.2008.255>. Este artículo puede ser publicado en el *Boletín Editorial* gracias a la licencia de Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual 4.0 de Creative Commons International (CC BY-NC-SA).

** Conferencia Magistral presentada en octubre de 2007 en el Congreso Latinoamericano y Caribeño de Ciencias Sociales, celebrado a propósito del cincuentenario de FLACSO.

estudiantes leían, debajo de sus pupitres, un mimeografiado (aún no existían las fotocopias) —que solo era legible después de un arduo trabajo de rellenado de las letras faltantes debido al desgaste de la matriz— que posteriormente sería publicado por Siglo XXI bajo el título *Dependencia y desarrollo en América Latina*, de Fernando Henrique Cardoso y Enzo Faletto, chileno este último del barrio Ñuñoa, de Santiago, en el cual nació y murió.

El enfoque¹ de *la dependencia* —nacido del corazón mismo de CEPAL—, asiento institucional de la teoría del desarrollo económico que predominó en la época, elaborada bajo la conducción de Raúl Presbich —conocida en el ambiente académico como la teoría cepalina— hizo ver, por una parte, que la comprensión del problema del desarrollo no sólo incluía un aspecto económico sino también uno social y, por la otra, que se requerían nuevas metodologías para enfrentar el reto explicativo.

Surge así la discusión en torno a la investigación multidisciplinaria, circunscrita inicialmente al campo de la economía, la sociología y la ciencia política, en medio de profundos procesos de transformación social y política. Es la época en que varios investigadores sociales adoptamos a la sociología como el centro de gravedad de nuestro interés académico sin perder nunca de vista que los problemas sociales no reconocen las fronteras disciplinarias arbitrarias impuestas por la ciencia en su afán de conocer.

Pero en concordancia con las ideas de Enzo Faletto emergió también la necesidad de enfrentar los nuevos problemas metodológicos que se derivaban del enfoque de *la dependencia*, que ponía el acento en el análisis de la historia. Pasa, entonces, a primer plano de la discusión metodológica la preocupación por el cambio estructural, la relación entre

¹ Es habitual que se hable de La teoría de la dependencia cuando en realidad hubo varias. En este texto, dedicado a tratar principalmente temas estadísticos y secundariamente metodológicos, destaco el papel de la versión Cardoso-Faletto. Además, no uso la palabra “teoría” sino “enfoque” por respeto a las ideas de Enzo, para quien “las teorías” deberían no sólo ser un conjunto coherente y articulado de enunciados abstractos, sino incluir también los métodos y las técnicas que hacen observables los conceptos en el plano de la experiencia.

estructura y coyuntura, en una época en que desaparece o se minimiza el rol del individuo: la estructura pesa, pero en clave histórica.

La metodología de las Ciencias Sociales estaba fuertemente dominada por las técnicas de *survey* que, entre otras cosas, se caracterizaban por ser esencialmente estáticas. Si bien existía ya en la bibliografía la idea de las *encuestas de panel*, aún estábamos lejos de los desarrollos teóricos, de los métodos de análisis y de las posibilidades de procesamiento de que disponemos hoy. El estudio de series de tiempo se reducía a la descomposición de las series en tendencia, fluctuaciones estacionales y cíclicas e irregulares. Los poderosos métodos con que contamos hoy encapsulados en los programas que procesan las computadoras personales, para tratar eventos cronológicos, aún estaban en el futuro. A su salida de la CEPAL, Faletto ingresó a FLACSO con la idea de transformar el enfoque en una teoría. El proyecto fue truncado el 11 de septiembre de 1973 por el golpe de Estado en contra del gobierno de Salvador Allende.

Nanterre, en 1968, diseminó por América Latina el marxismo estructuralista de origen francés. *Para leer el capital*, de Louis Althusser, fue traducido al español, y algunos de sus alumnos, que llegaron a América Latina evitando la persecución política, trajeron una propuesta teórica y metodológica que cayó en terreno fértil. Se propagó el *dictum* que afirmaba que “la estructura determina, en última instancia, la superestructura”, de modo que bastaba con cambiar las relaciones sociales de producción para desencadenar procesos irreversibles de transformación social.²

² Sin embargo, la historia de Chile alrededor de 1973 enseñó que el traspaso de la propiedad de los medios de producción a los trabajadores y la nacionalización de las riquezas naturales en manos de capital extranjero, no se tradujeron en un cambio revolucionario irreversible sino más bien en una violenta vuelta atrás en el tiempo. Este hecho obligó a la reflexión sobre lo acontecido: algunos reaccionaron invirtiendo el acento al postular el predominio de la superestructura sobre la estructura o la autonomía relativa de la superestructura —posición que encontró aval teórico en Antonio Gramsci—, otros se plantearon la negación del peso de la teoría y la búsqueda descarnada de la realidad posición que se aproxima en lo esencial al empirismo lógico de la década de los años 20, del siglo recién pasado.

Desde el punto de vista metodológico tal vez son dos las contribuciones más importantes de los franceses a nuestro quehacer académico de la época. Por una parte, el acento sobre los modos de producción y su articulación en formaciones sociales concretas, y la idea de una cierta sucesión histórica de los modos de producción dominantes, sucesión reconocida a veces y con recato.

Estas ideas metodológicas, unidas a la teoría de la dependencia, originaron hacia fines de la década de los sesenta el análisis histórico estructural, que tuvo fuerte influencia sobre la mayor parte de las comisiones que trabajaban en el seno del naciente Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) y en la formación del proyecto PROELCE³ impulsado conjuntamente por la Escuela Latinoamericana de Sociología de FLACSO y el Centro Latinoamericano de Demografía (CELADE), que aceleró y puso en el centro de la discusión el papel de la población en los procesos sociales.

Me parece que subyacentes al enfoque histórico estructural coexistían dos corrientes. Una centrada en el análisis de las estructuras propiamente tales y otra, con fuerte influencia en el análisis histórico que no sólo pretendía identificar y develar las estructuras sociales sino también identificar los mecanismos del cambio, es decir, de la génesis estructural. A pesar que por la época se acumulaba el conocimiento producido por los estudios de Piaget sobre el desarrollo de la inteligencia, entendida como un sistema abierto, la escuela ginebrina se asociaba a la psicología y la pedagogía, desconociéndose su veta epistemológica (García R. 2000: 11). En la química, la física y la biología de la época estaba en pleno auge el análisis de los sistemas complejos (Prigogine I. e I. Stengers, 1979), pero aún no era accesible a los científicos sociales.

Por otra parte, también de Francia llegó la idea de que el dato se construye. Hoy se puede afirmar, sin temor a equivocarse, que en los sesenta la socio-

³ Programa ELLAS-CELADE, Escuela Latinoamericana de Ciencias Sociales y Centro Latinoamericano de Demografía, respectivamente.

logía y la ciencia política académicas tendían a no discutir sus fundamentos filosóficos. El positivismo lógico ejercía un dominio legítimo; se hallaba ampliamente extendida la idea de que investigar consistía en identificar regularidades en los datos que a su vez eran la piedra angular del conocimiento válido en la medida en que eran o representaban la realidad y, por lógica consecuencia, la estadística jugaba un papel central en la producción de conocimiento. Plantear en esa época que el dato se construye y que se construye a partir de conceptos teóricos tendría que haber provocado un sismo pues era una bomba puesta en los cimientos de la fábrica de conocimientos.

Sin embargo, los cambios sociales, las nuevas correlaciones políticas que afectaban a varios países del cono sur, y el desmoronamiento de la teoría, la metodología y las técnicas de investigación que se enseñaban en las aulas —incluida la estadística—, en conjunción con el desplazamiento del interés teórico provocado por el enfoque de *la dependencia*, el surgimiento del método histórico estructural y el predominio del marxismo académico, opacaron las consecuencias del *dictum* “el dato se construye”. Sobre la base de este *dictum* se organizó la comisión del Sistema de Estadísticas Sociales y Demográficas en el seno de CLACSO. Por otro lado, en una de las investigaciones del PROELCE, realizada por Susana Torrado, Emilio de Ipola, Juan María Carrón y Arturo León se reprocesó el censo chileno de 1970 a partir de los conceptos althusserianos para generar una imagen de país organizado en clases sociales, a diferencia del tratamiento habitual de la información censal que ofrecía como resultado una estratificación.⁴

⁴ La historia tiene misterios. La Estadística ayer como hoy tiene una fuerte influencia de la obra de Karl Popper, autor que ha sido calificado como neopositivista. Esta corriente filosófica ya en la década de los treinta planteaba la incapacidad del sujeto para aprehender directamente el objeto, la relación sujeto-objeto era mediada, el objeto era construido. Sin embargo, esta idea llegó a través de los desplazados de Nanterre. Tal vez ello se deba a la casi nula discusión epistemológica y la muy pronunciada preocupación por las técnicas de investigación y la Estadística que predominaban por aquella época.

FLACSO, en Santiago de Chile, empezó a desarrollar sus programas docentes en los sesenta los que fueron abruptamente interrumpidos el 11 de septiembre de 1973. A Santiago llegaban a estudiar posgrado en sociología —y posteriormente ciencia política— jóvenes de todos los países de América Latina y el Caribe. Se pretendía dotarlos con una sólida formación científica y muchos de ellos se transformaron en investigadores de vanguardia y en no pocas ocasiones en fundadores de departamentos o escuelas de sociología en sus países. En sus aulas se formaron los sociólogos y los politólogos que investigaban los fenómenos y procesos sociales, estaba excluido el ensayo y la investigación teórica era desalentada.

La enseñanza de las ciencias sociales se centraba en la docencia. Los programas de posgrado incluían materias que se impartían teóricamente en el aula, aunque algunas como la estadística contaba además con laboratorios en los que se trabajaba en la solución de ejercicios, y para obtener el grado se exigía la realización de una tesis, que en la mayoría de los casos terminaba siendo un estudio empírico.

La politización que vivió la sociedad chilena a fines de la década de los sesenta, la posibilidad de ser actores en procesos de transformación social inéditos, los cambios introducidos en la orientación de los programas de estudio y los intensos procesos sociales y políticos que se desencadenaron, pusieron en tela de juicio la división entre investigación y docencia.

A comienzos de los setenta, en la Escuela de Sociología de FLACSO, se instalaron a título experimental los primeros seminarios teórico-metodológicos en torno a problemas sociales críticos, como por ejemplo, la participación del movimiento obrero y de los sectores marginales en los procesos de transformación social que vivía el país. Estos seminarios, además de demandar el estudio de las teorías pertinentes y de los problemas metodológicos y técnicos de las investigaciones que se realizaban en su seno, conectaban a los estudiantes con los actores sociales involucrados.⁵ Surgió así, de las en-

⁵ Muchos profesores y estudiantes que participaban en estos seminarios fueron perseguidos o asesinados por miembros

trañas mismas del profundo proceso de transformación socio-política, la idea de vincular docencia e investigación en el proceso de enseñanza, y también la investigación-acción.

Este es el marco de esta ponencia. En él inscribiremos la evolución histórica de los temas que fue abordando la estadística social desde los años sesenta hasta nuestros días. Cada vez que sea necesario se introducirán elementos de contexto para que se puedan apreciar, con la mayor nitidez posible, las fuerzas que han conducido a la estadística social en nuestro medio.

La década de los sesenta: el auge

El predominio del estructural funcionalismo parsoniano y de las teorías de alcance medio de Robert Merton, en el plano conceptual, y de las técnicas de *survey* en lo metodológico, se combinaban armónicamente con los instrumentos que proporcionaba la estadística. La información empírica que permitía contrastar las hipótesis de las investigaciones sociológicas de la época se obtenía preferentemente por medio de muestras que usaban cuestionarios como instrumentos de recopilación de información, de modo que para los científicos sociales de esos años era crucial lograr un buen manejo de la teoría del muestreo y las diversas formas de aplicarla. Sin embargo, para llegar hasta ese punto del desarrollo de la estadística era y es necesario disponer de conocimientos sólidos de la estadística descriptiva y de la teoría de probabilidades.

Además, era necesario estudiar la parte de la estadística concerniente a la estimación de los parámetros poblacionales con base en los resultados de la muestra. En consecuencia, se hacía imprescindible aprender inferencia estadística —estimación punto y de intervalo y pruebas de hipótesis—. En concreto, el sociólogo en los sesenta debía ser capaz de emplear con soltura el material expuesto en los primeros capítulos de cualquier libro introductorio de estadística matemática, incluida la inferencia estadística.

de los miembros de las fuerzas armadas de Chile en los días posteriores al golpe de Estado del 11 de septiembre de 1973.

Por la época, la enseñanza de la estadística referida a la construcción y descripción de los datos era bastante parecida tanto en contenido como en forma de impartirla en economía, sociología o ciencia política. El rigor matemático de la exposición no presentaba diferencias importantes aunque en sociología y ciencia política se evitaba hacer uso de cálculo avanzado. La diferencia entre la estadística social y la estadística económica radicaba en las técnicas de análisis de datos. La economía, por un lado, empleaba profusamente el análisis de regresión, materia prima de la incipiente econometría,⁶ mientras que la sociología tenía como principal recurso el *análisis de covarianzas* de Lazarsfeld (Lazarsfeld P. 1946: 115-125). Por otra parte, la estadística aplicada a la ciencia política navegaba a medias aguas.

El argumento que daba racionalidad a la especialización disciplinaria en el uso de las técnicas de análisis de datos sostenía que la mayoría de las variables económicas se medían en escala de intervalo o de razón, mientras que, por el contrario, casi la totalidad de las variables sociales eran nominales o en el mejor de los casos ordinales.⁷ Había calado profundo el libro de Sydney Siegel *Nonparametric Statistic* (1956), de amplia circulación por esos años, que relacionaba las pruebas de hipótesis y las técnicas de análisis de datos a los niveles de medición de las variables. La sociología hacía uso intensivo de diversas pruebas de hipótesis de la familia ji-cuadrada, y para juzgar la fuerza de la relación se echaba mano al análisis de asociación. Las raíces de esta técnica se remontan a fines del siglo XIX y comienzos del XX y su desarrollo

⁶ A pesar de que en los sesenta aparecen varios libros de econometría, el más utilizado en América Latina fue *Econometric Methods* de J. Johnston (1964).

⁷ La idea de la diferenciación entre sociología y economía, según la escala de medición de las variables, muy popular en esa época, se escucha a veces —aunque con menos frecuencia que en el pasado— en pleno siglo XXI. Da la impresión que ella se desprende del supuesto que la naturaleza de lo económico sería diferente a la materia que trata la sociología; la primera sería cuantitativa mientras que la segunda cualitativa. Este argumento no toma en cuenta que lo que se mide son conceptos y no la supuesta “realidad” (Bunge M. 1979, Carnap R. 1959 y Neurath Otto 1959).

se dio en dos vertientes, una impulsada por Karl Pearson y la otra por Udny Yule.⁸

Los desarrollos de Pearson suponían la existencia de variables latentes continuas que seguían una distribución conjunta normal, sin embargo, sólo eran observables en escalas no métricas; con base en las frecuencias observadas el problema estadístico a resolver consistía en encontrar un buen estimador del coeficiente de correlación producto-momento de Pearson (Kendall M. G. y A Stuart 1961: 304-316).

Fue el camino no paramétrico señalado por Yule el que se utilizó profusamente en la región. Los trabajos desarrollados bajo esta óptica generaron una serie de coeficientes para medir la fuerza de la relación entre variables cualitativas, basándose únicamente en las frecuencias observadas, sin suponer distribución poblacional alguna. Sin embargo, antes de estimar el grado de relación entre las variables se efectuaba la prueba ji-cuadrada de independencia estadística, que supone normalidad para muestras pequeñas o bien un comportamiento normal asintótico para muestras grandes; y una vez que se rechazaba la hipótesis nula de que las variables eran estadísticamente independientes se procedía, en la segunda etapa, a calcular la fuerza de la relación.

Los coeficientes más utilizados en tablas de 2×2 eran Q de Yule y fi. Para tablas de R renglones por C columnas se disponía de un conjunto de coeficientes funciones de ji-cuadrada, a los cuales se fueron agregando los propuestos por Leo Goodman y William Kruskal (1954 y 1963), entre los que destacan los coeficientes l, para variables nominales y g para ordinales. En los años siguientes se agregaron otros coeficientes, sin embargo, no todos gozaron de popularidad entre nosotros excepto, tal vez, d de Sommers, 'a y 'b.

Al ampliarse la gama de coeficientes de asociación surgió el problema de decidir cuál emplear. Las escalas en que se medían las variables dejaron de ser un buen indicador para seleccionar la

⁸ Donald MacKenzie (1979) hace un relato histórico iluminador de las diferencias entre los desarrollos estadísticos de Pearson y Yule.

medida adecuada, ya que para cada combinación de ellas (nominal u ordinal) se disponía de varios coeficientes alternativos.

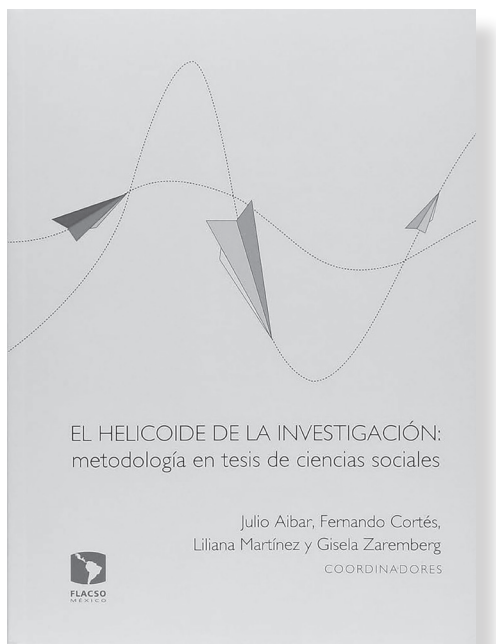
El análisis multivariado para variables no métricas estaba en ciernes en la década de los sesenta. A pesar de que Lazarsfeld afirmaba que su ecuación de covarianzas se podía extender *a fortiori* a más de dos variables y a cualquier número de categorías por variable (Lazarsfeld P. 1974: 23-52 y 327-352), en la realidad la técnica era bastante limitada pues en esos casos las aplicaciones se volvían demasiado complejas. Por esta razón los estudios tendieron a limitarse al modelo básico.

La ciencia política requería en parte del análisis de asociación lo que la hermanaba a la sociología. Sin embargo, otra parte no despreciable de su quehacer era el análisis de los resultados de las elecciones que demandaba el uso de técnicas para establecer la fuerza de la relación entre variables métricas. En efecto, para los diferentes agregados electorales, tales como comunas, municipios, departamentos, estados, etc. es posible registrar no sólo el número o la proporción de votos a favor de los diferentes partidos que participaron en la contienda electoral sino también una serie adicional de características económicas, sociales o culturales, tales como el ingreso promedio de los hogares, la importancia relativa de las principales ocupaciones, el nivel educativo, la etnia, las preferencias en elecciones pasadas, etc. Con base en esa información y diversas teorías se solían ajustar modelos de regresión para “explicar” el voto a favor de los diferentes candidatos y partidos políticos.⁹ Los instrumentos estadísticos adecuados para encarar el estudio de este tipo de problemas eran el análisis de regresión y de correlación, lo que aproximaba a la ciencia política, desde el punto de vista de la medición, al estilo de análisis de datos característico de la economía.

⁹ Este tipo de estudio hizo tomar conciencia de que en la mayoría de los casos la interpretación de los resultados adolecían de falacia ecológica (Robinson W. 1954). Recientemente, usando técnicas modernas, Gary King (1999) estableció las condiciones bajo las cuales es posible trasladar los resultados agregados al nivel individual, sin caer en el error de afirmaciones falaces.

El denominado análisis causal fue la técnica estadística de punta en la década de los sesenta. El libro de H. Blalock, *Causal Inference in non Experimental Research* publicado en 1964, tenía como antecedentes un trabajo de S. Wright de 1934, el artículo en que Lazarsfeld exponía su análisis de covarianzas presentado en 1946 en un congreso de la Sociedad Americana de Sociología en Cleveland, y un trabajo de H. Simon publicado 1957. Todos estos esfuerzos estaban dedicados al problema de identificar empíricamente relaciones causales genuinas entre variables y distinguirlas de las relaciones espurias, empleando para ello métodos estadísticos.





El libro de Blalock fue un poco anterior al de R. Boudon, quien en el capítulo 3 de su *L'Analyse mathématique des faits sociaux* propuso los denominados coeficientes de dependencia, que permitían —argumentaba— medir el vínculo causal entre variables. Los esfuerzos de los estadísticos sociales se volcaron febrilmente al desarrollo de esta técnica, fue así como varios números del influyente anuario *Sociological Methodology* estuvieron expresamente dedicados al tema. El análisis de causalidad, hoy transformado en análisis de trayectoria o de senderos (path análisis) de uso preferente en sociología de la educación, es en esencia un sistema recursivo de ecuaciones de regresión. El que una rama importante de la sociología usara regresión pareciera contradecir el planteamiento de una cierta especialización instrumental que diferenciaba a la sociología de la economía. Sin embargo, no es así, pues los sociólogos le daban la vuelta al problema; para hacerlo se basaban en que el modelo de Blalock estaba expresado en el lenguaje de la correlación¹⁰ y que el coeficiente de asociación fi, para

¹⁰ Expresó sus desarrollos conceptuales en el lenguaje de correlación, más familiar a los sociólogos, apoyándose en las relaciones matemáticas entre coeficientes de regresión y de correlación.

tablas de dos por dos es matemáticamente equivalente al coeficiente de correlación producto momento de Pearson.

En fin, el análisis multivariado en las ciencias sociales de Iberoamérica se limitaba casi en su totalidad al análisis de variables dicotómicas, ya sea en la versión de la ecuación de covarianzas de Lazarsfeld o al análisis de causalidad a través del modelo de Blalock o “Simon Blalock” como se le conocía coloquialmente por la época. En los casos en que se dispusiera de variables métricas se podía recurrir a los denominados modelos de causalidad o bien al ajuste de sistemas de ecuaciones recursivas.

Llama la atención, mirado a la distancia, que durante los sesenta haya persistido la idea de la diferencia esencial de “método” entre la sociología y la economía en función de la naturaleza distinta de las variables económicas y sociales, a pesar de que en los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial los economistas incluyeron en sus modelos variables explicativas nominales a través de la definición de variables ficticias (también denominadas variables mudas o *dummy*). Las variables mudas permitieron estimar el efecto de variables no métricas sobre una variable dependiente métrica.

Antes de abandonar los sesenta hay que decir que la descripción que se ofrece de la estadística social en esta década, se limita a las corrientes principales. Es claro que en ocasiones se usaban otro tipo de técnicas tales como análisis de componentes principales, análisis factorial o análisis de conglomerados, sin embargo, esos estudios eran poco numerosos y contaban con un público bastante restringido; en pocas palabras, para emplear un término en boga en los sesenta, eran marginales. La gran mayoría de los trabajos sociológicos empleaban ji-cuadrada para probar independencia estadística, análisis de asociación para estimar la fuerza de la relación, la ecuación de covarianzas de Lazarsfeld si el análisis era “multivariable”¹¹ y las investigaciones más avanzadas empleaban análisis causal. En la economía se usaba prolífica-

¹¹ Con todas las limitaciones que ya se han señalado.

mente el análisis de regresión y técnicas relacionadas, y los científicos políticos combinaban uno u otro tipo de técnica dependiendo del nivel de medición de las variables.

Los años del destierro

Desde comienzos de la década de los setenta hasta alrededor de la mitad de la década de los ochenta¹² la estadística fue expulsada de los salones de clase y de la investigación social. En América del Sur los partidos de izquierda tuvieron avances importantes en la conquista del poder político en los primeros años de la década de los setenta. En el plano de las ciencias sociales el surgimiento y predominio de la corriente histórico estructural forzó cambios importantes en los programas de formación de economistas, sociólogos y politólogos. Los teóricos “funcionalistas” pasaron al cajón de los recuerdos de la mano con la economía del bienestar; se impuso en cambio el estudio del marxismo y de Marx. Es la época en que Karl Marx se viste de toga y birrete al pasar de la fábrica a la universidad. Las nuevas generaciones de científicos sociales estudiaban desde diferentes ángulos cada obra de Marx; se volvieron clásicos los estudios de los marxistas rusos entre los cuales destacaban los trabajos de Lenin y se leían y discutían con avidez las obras marxistas de tercera generación elaboradas en el seno de la escuela francesa.

La investigación, en consonancia con las disputas políticas por el poder, se concentró en el estudio del cambio estructural, en la sucesión de los modos de producción o en la evolución de las formaciones sociales concretas. El problema central de las ciencias sociales era dar inteligibilidad a los procesos sociales y políticos que estaban aconteciendo y proponer mecanismos para orientarlos hacia objetivos predefinidos. Las preguntas de

¹² El límite superior del periodo no es tan nítido como en el anterior, cualquiera que se elija puede ser objeto de controversia. Sin embargo, como es bien sabido, toda periodización tiene cierta dosis de arbitrariedad; los procesos sociales suelen no tener límites marcados.

investigación enviaban sobre unidades de análisis agregadas y revestían un carácter eminentemente histórico. Quedaba en el pasado la época en que interesaba el estudio del comportamiento, las actitudes, los valores, las percepciones, etc. El foco de la atención se había desplazado a los procesos de constitución y cambio de los movimientos populares, de la clase obrera o de los campesinos. La naciente sociodemografía estudiaba los flujos migratorios en lugar de la decisión para migrar; la relación entre la fecundidad y las clases sociales; los vínculos entre la dinámica demográfica y las formaciones sociales concretas. Los aires de la época dictaban que el interés de la investigación social debía constreñirse al análisis de la dinámica de la estructura y sólo secundariamente al individuo que habitaba un espacio nacional o regional en una época determinada.

El avance del marxismo y del análisis histórico estructural, y el enlace entre la investigación y los procesos de transformación social que estaban acaeciendo, tuvieron incidencia evidente sobre los programas de estudio de la metodología y estadística social. En el periodo anterior, la metodología solía cubrir un amplio espectro de materias; algunas eran eminentemente técnicas, útiles en el proceso de generar datos como, por ejemplo, construcción de cuestionarios, principios para realizar entrevistas en profundidad o hacer investigación participante, elaboración de índices, codificación de variables no métricas, etc. Sin embargo, el contenido de los cursos de metodología no se agotaba en la parte técnica sino que incluía también el conjunto de operaciones que median entre la teoría y el material empírico: observación, medición, incluida la operacionalización, y experimentación.

Los instrumentos que ponían a disposición de la investigación social de esos años la metodología y la estadística quedaron fuera de foco ante el cambio en el paradigma. No estaban diseñados para contender con las estructuras y menos con el cambio estructural y su génesis. Las nuevas preguntas de investigación provocaron un cambio de contenido en lo que debía ser la metodología de las ciencias sociales. La exploración de métodos

que ayudaran a responder las preguntas que se formulaba la nueva investigación social se volcó en parte hacia el estudio de la filosofía de la ciencia y de la epistemología. Otro camino que se ensayó fue la lectura metodológica de las investigaciones realizadas por los autores clásicos.

El muestreo y la inferencia se eliminaron de los programas de la enseñanza de la estadística así como cualquier técnica de investigación. La estadística descriptiva se enseñó como parte de cursos de “Fundamentos técnicos de la investigación social” en los cuales se estudiaba la forma cómo investigaciones consideradas clásicas y las de nuevo cuño, operacionalizaban las relaciones entre los conceptos teóricos.¹³ Según el o los textos de investigación seleccionados para la enseñanza de la estadística era posible incluir, en ocasiones, algo de análisis de asociación y también de correlación lineal simple, utilizadas como medidas descriptivas.

Los golpes de Estado acaecidos en América del Sur durante los primeros años de la década de los setenta y la persecución política desatada en contra de los académicos no tuvo mayores consecuencias sobre las orientaciones metodológicas ni sobre el papel de la estadística en las ciencias sociales. Desde el exilio, la preocupación intelectual se volcó sobre la experiencia vivida y el énfasis cambió de lo estructural a lo superestructural. La década de los ochenta estará signada por la reflexión acerca del proceso de transformación del Estado y su autonomía relativa. Sin embargo, fueron contados con los dedos de las manos los estudios concretos, más allá de la mera especulación, realizados en la región.

Estas eran las corrientes dominantes en nuestros países, sin embargo, el avance de la estadística social continuaba en otras áreas del globo terráqueo. En los setenta se propone una solución al problema de qué coeficiente de asociación utilizar en cada caso concreto;¹⁴ lo que consistía en enlazar

¹³ Nótese que no uso el término de “hipótesis teórica” pues por esos años la palabra “hipótesis” era “reaccionaria”, tenía un fuerte tufillo funcionalista.

¹⁴ Debe recordarse que uno de los problemas que aquejaban a la investigación social en los sesenta era la ausencia de criterios para decidir cuál de los coeficientes de asociación

las estructuras lógicas de la hipótesis teórica y del índice de asociación que le correspondía. Por una parte, el estudio en profundidad de las bases lógicas de los índices de asociación permitió ir más allá del concepto de asociación basado en la lejanía respecto a la independencia estadística (sobre el que se erige *ji-cuadrada*) y se generó la idea de que los valores de los coeficientes son diferentes porque miden la cercanía o lejanía de la distribución de los datos a distintos conjuntos de proposiciones estadísticas que “operacionalizan” enunciados teóricos (Hildebrand, D., J. Lain y H. Rosenthal, 1977). Por otra parte, el desarrollo de esta idea develó las estructuras lógicas sobre las cuales se erigen los coeficientes de asociación más utilizados. Con base en este conocimiento se propuso la función generatriz de coeficientes *delta-ro*, donde el sufijo *ro* denota la proposición lógica —que representa la estructura del enunciado teórico— que se debe especificar para que el coeficiente asuma una forma determinada. La definición misma de este nuevo coeficiente requiere para su aplicación establecer la distribución esperada de los datos.

En varios de nuestros países, en los márgenes y rincones del quehacer de las ciencias sociales, se realizaban investigaciones aisladas que buscaban articular las técnicas disponibles con el estudio de procesos sociales concretos tales como las características y evolución de los mercados de trabajo, sector informal urbano, comportamiento electoral de mujeres y jóvenes, determinantes de flujos migratorios, etc.

En la década de los sesenta la econometría avanzó en la posibilidad de incluir cualquier número de variables explicativas no métricas sin limitaciones respecto a la cantidad de categorías,¹⁵ pero con

disponibles usar, toda vez que la proliferación de índices de asociación desarrollados en esa época proporcionaba un amplio abanico de opciones a disposición del investigador y que habitualmente se disponía de más de un coeficiente de asociación para las combinaciones de niveles de medición de las variables de la tabla; fue así como la decisión a favor de uno u otro coeficiente ya no podía basarse en las escalas de medida.

¹⁵ El análisis de varianza, de amplio uso en la psicología, se aplica en los casos que interesa estudiar la relación entre una variable dependiente métrica y una o más independientes

las restricciones habituales de la regresión referidas a la ausencia de combinación lineal de variables y tener más observaciones que parámetros a estimar.¹⁶ Durante la década de los 70 y 80 hubo una serie de progresos en el desarrollo de nuevas técnicas de análisis estadístico impulsadas por las demandas planteadas por las ciencias sociales. Entre los nuevos instrumentos que puso la estadística a disposición de los investigadores destacan el análisis loglineal y las regresiones con variables dependientes no métricas dicotómicas.

El primero, el análisis loglineal, se puede concebir como una técnica que contiene y supera el análisis de covarianzas de Lazarsfeld en la medida que permite estudiar las relaciones entre dos o más variables no métricas controlando el efecto de las restantes. Por fin se cumplía el sueño de Lazarsfeld de contar con un modelo de análisis de variables múltiples aplicable a casos donde las variables fuesen ordinales o nominales. La principal limitación ya no radica en cuántas variables y cuántas categorías se pueden considerar a la vez, sino principalmente el número de casos¹⁷ y los programas estadísticos para procesarlos. En el futuro esta técnica se emplearía profusamente para analizar la movilidad social (Goldthorpe J. 2000).

Las barreras que dividían los análisis de asociación y regresión habían empezado a caer en los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial —como ya se ha dicho, con la inclusión de las variables ficticias—; este proceso ha continuado a lo largo del tiempo. Durante estos años se elaboraron los primeros modelos de regresión lineal con variable dependiente binaria y el centro de atención se puso en los problemas de estimación. La discusión, bastante técnica, dejó en la penumbra el vínculo que existe entre estos modelos y el concepto de explicación en Max Weber. En efecto, la concep-

medidas éstas en escalas ordinal o nominal. A este mismo problema se puede aplicar el modelo de regresión sustituyendo las variables explicativas por regresores o variables ficticias.

¹⁶ Me refiero, en particular, a restricciones respecto a los datos y dejo fuera los supuestos relativos a los errores aleatorios.

¹⁷ El análisis loglineal y el análisis de asociación son técnicas que requieren de muchos casos; “son consumidoras de observaciones”.

ción weberiana no sólo se plantea que las ciencias sociales tienen mayor sed causal que las ciencias naturales, sino también que la explicación es esencialmente probabilística:

En la concepción weberiana, *el tema de la causalidad es el elemento central de la diferenciación entre las ciencias*: en las ciencias sin necesidad de interpretación, la causalidad se reduce a la probabilidad de ocurrencia de los fenómenos con arreglo a una regularidad generalizada por inducción. En las ciencias comprometidas con la interpretación, debido a la necesidad de elaborar esquemas teóricos que hagan posible *comprender el sentido de las acciones*, el sujeto no se reduce a constatar, sino que le es asignada, con claridad, la función de *imputar*, a las relaciones constatadas, una direccionalidad de tipo causal, en un contexto de regularidades comprendidas y con cierto grado de verosimilitud (Gil M. 1997: 214 y 215).

Hempel sistematiza, desde el punto de vista filosófico, la noción de explicación en Popper (1962: 57-60) y su análisis le lleva a concluir que la explicación social es esencialmente probabilística (1988: 249-250); Przeworski y Teune (1972: 19) presentan una buena síntesis de cómo aterriza esta discusión filosófica en el campo de la investigación.

La importancia del modelo de regresión con variable dependiente binaria radica en que permite articular la teoría sociológica con la teoría estadística: el puente entre ambas es la explicación weberiana. El modelo expresa la idea de que la probabilidad de un fenómeno depende de un conjunto de variables explicativas, lo que equivale a decir que los valores observados de la variable dependiente (0, 1), son generados por distribuciones con parámetro P_i y que estos parámetros varían con los valores de X.

En este argumento hay que destacar que la probabilidad resulta ser el punto de encuentro entre la teoría estadística y la teoría social sustantiva.¹⁸

¹⁸ El puente entre la teoría económica y el modelo de regresión con variable binaria lo proporciona la teoría de la elección racional (Luce R. y P. Suppes 1965 y McFadden 1973).

En efecto, es responsabilidad de la teoría social identificar los factores de los cuales dependen las probabilidades. De este modo se vuelve a restablecer, aunque sólo en lo conceptual, el antiguo maridaje entre la estadística y la sociología. En síntesis, los valores estimados en un modelo de regresión con variable dependiente dicotómica arrojan como resultado las probabilidades asociadas al fenómeno, dado el conjunto de circunstancias representadas por los valores de las variables explicativas.

Hay que agregar que antes de que se desarrollaran los modelos de regresión no lineales para variables dependientes binarias se contaba el modelo de regresión probabilístico lineal, el que desde el punto de vista teórico era una extensión del modelo de regresión lineal clásico, relativamente sencilla, pero su ajuste presentaba obstáculos serios desde el punto de vista computacional en una época en que el uso de la computadora personal aún no era muy extendido entre los científicos sociales, y el costo monetario del tiempo de uso de los grandes equipos era elevado. Los problemas del modelo de regresión lineal de probabilidades se superaron empleando transformaciones no lineales de la variable dependiente. Es así como surgieron los modelos de regresión logística y probit.

Por fin, la estadística ponía a disposición de los científicos sociales una técnica que permitía emplear el modelo de regresión en casos en que todas las variables eran no métricas, aunque existía la restricción de que la variable dependiente debía ser dicotómica. Se empezaba a caer así el criterio que diferenciaba en los años sesenta y setenta la aplicación de la estadística en la economía y la sociología, y consecuentemente se extendía el dominio del modelo de regresión.

El desarrollo de la estadística social se complementó con la invención de la computadora personal que no sólo resultaba ser mucho más amigable que los “mainframe” sino que también abatió enormemente los costos de las investigaciones. La nueva herramienta si bien era relativamente barata, en sus inicios presentaba claras limitaciones: los programas estadísticos se reducían a las técnicas más elementales y los dispositivos de

almacenamiento permitían guardar pocos datos y unas cuantas variables. Sin embargo, si bien al principio las computadoras personales funcionaban con dos lectoras de disco flexible muy pronto aparecieron los discos duros de 5 MB, luego de 10 MB; hacia fines de los ochenta los discos duros ya tenían 100 MB.

El vertiginoso avance del *hardware* vino acompañado de la disponibilidad del *software* estadístico. Por una parte, los paquetes estadísticos más empleados por los científicos sociales en los *mainframe*, como SPSS, SAS y BMDP, desarrollaron versiones para las microcomputadoras y, por otra parte, empezaron a aparecer en el mercado programas estadísticos desarrollados específicamente para “correr” en las computadoras personales. Empieza a perfilarse así la última etapa en que lenta y penosamente la estadística y parte de la antigua metodología de las ciencias sociales vuelven por sus fueros.

El lento resurgimiento

A lo largo de la década de los ochenta tienden a desaparecer los gobiernos de facto en América Latina y a ser sustituidos por otros electos por medio del voto ciudadano; la democracia electoral se extiende como un tsunami por la región. Este avance de la democracia se combinó con el estancamiento económico. La explosión de la crisis del petróleo en 1982 socavó las bases del crecimiento de los países de América Latina. La “década perdida” se caracterizó, entre otras cosas, porque el gasto de los gobiernos sufrió severos recortes buscando el equilibrio con los ingresos. Ganaba espacio el concepto de déficit cero en el balance contable de las cuentas del gobierno; idea que a la vuelta del tiempo sería uno de los componentes de la primera oleada del Consenso de Washington (Williamson J. 1990).

Hacia finales de los ochenta y durante los noventa, la mayoría de los países de la región iniciaron procesos de cambio estructural tendientes a liberar las fuerzas del mercado; la consigna era “más mercado y menos Estado”. A pesar de los pronósticos

basados en la “teoría económica” que apostaban a los efectos beneficiosos sobre las economías de América Latina, éstas exhibieron durante los años noventa inestabilidad y ausencia de crecimiento.¹⁹ Era la “segunda década perdida” consecutiva (Williamson J. 2003 : 1-6).

La situación económica general se dejó sentir sobre las instituciones de educación superior afectando la investigación y la docencia.

El financiamiento de las investigaciones proveniente de fundaciones u organismos internacionales ganó en importancia en algunos países y también tendió a centralizarse en Consejos Nacionales de Ciencia y Tecnología. Hubo países que crearon becas para complementar salarios en las propias instituciones de educación superior o por organismos externos creados *ex profeso* para impulsar y orientar la investigación. Los escasos recursos tendieron y tienden a ser canalizados al estudio de problemas sociales específicos privilegiándose la investigación social empírica. La caída en el poder adquisitivo de los salarios de los académicos y los cambios institucionales crearon un contexto cada vez más desfavorable tanto para los estudios especulativos (entendidos como aquellos que se refieren a los procesos y problemas sociales sólo a modo de ejemplo) como para los genuinamente teóricos que habían gozado de alta retribución y estima social a comienzos de la década de los ochenta.

En este ambiente, la metodología de las ciencias sociales volvió sobre sus pasos y recuperó algunos de los temas de los años sesenta: técnicas de muestreo, construcción de cuestionarios, entrevistas, observación participante, etc. y también tópicos básicos de lógica de la investigación. Los avatares que han vivido las ciencias sociales en la región han dejado sus huellas en la metodología; hacia fines del siglo xx y comienzos del XXI es un mosaico que exhibe parte de la historia de estas disciplinas. Bajo el término metodología se ofrecen cursos que cubren una serie de materias que van desde la estadística elemental y técnicas de *survey*

¹⁹ Aunque la inestabilidad también afectó a la economía chilena, tal vez este país fue la excepción en la medida que su economía creció durante estos años.

en un extremo, hasta la filosofía de la ciencia y epistemología en el otro.

Durante el segundo quinquenio de la década de los ochenta se extiende como reguero de pólvora, fuera de la región pero con lentitud en América Latina, el uso de modelos de regresión no lineales con variable dependiente no métrica, que habían sido desarrollados en la década anterior. Son varios los factores que tienen incidencia sobre este impulso en el uso de la estadística:

Por un lado, esta disciplina amplió el modelo de regresión no lineal de variables dicotómicas a variables dependientes con varias categorías (pluricotómicas) y a variables dependientes ordinales. Con base en este conocimiento se han desarrollado modelos para analizar historias de eventos, tratar problemas de selección, etc.

Por otra parte, las capacidades de la computadora personal experimentaron cambios sorprendentes. Hoy en día la memoria se mide en megas, en lugar de hacerlo en k-bytes, y la capacidad de almacenamiento pasó de 10 MB a 100 o más GB. Además, abundan los programas estadísticos capaces de procesar en segundos o minutos grandes bases de datos.

Los desarrollos en teoría estadística y computación han hecho posible que los estudiantes y los investigadores aprendan a leer los resultados que arroja la computadora sin que se requiera tener un conocimiento en profundidad de la inferencia estadística y de los supuestos en que descansa la técnica empleada. Esto es posible a pesar de que tanto el modelo de regresión con variables dependientes binarias (modelos logit y probit), como multinomiales y ordinales, requieren de un buen conocimiento de la distribución ji-cuadrada, de estimación máximo verosímil y de teoría de las distribuciones asintóticas.

Por último, pero no menos importante, los modelos no lineales para variables dependientes no métricas establecen una relación intrínseca con la teoría. En efecto, en el caso de la economía se derivan a partir de la teoría de la acción racional, que enraíza en la teoría económica dominante, y se aplica cuando sólo se observan las decisiones de los individuos como resultado del análisis

sis comparativo de los factores determinantes de sus preferencias (Greene W. 2003: 663-674). En la sociología, como se ha señalado, el vínculo radica en la explicación sociológica en la versión weberiana.

Con el modelo de regresión no lineal para variables dependientes no métricas (pluricotómicas y ordinales) se cierra un círculo. Finalmente se de-

rumba la idea de que los niveles de medición de las variables diferenciaban a la estadística susceptible de ser aplicada a la sociología y a la economía: ya es posible analizar tablas de contingencia empleando regresión.

Estrechamente vinculada a los problemas planteados por la sociología de la educación ha emergido con fuerza en los años noventa el análisis jerárquico lineal aunque sus antecedentes en la sociolo-

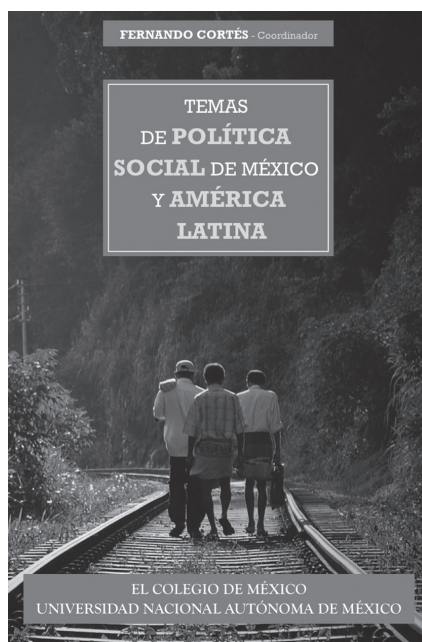
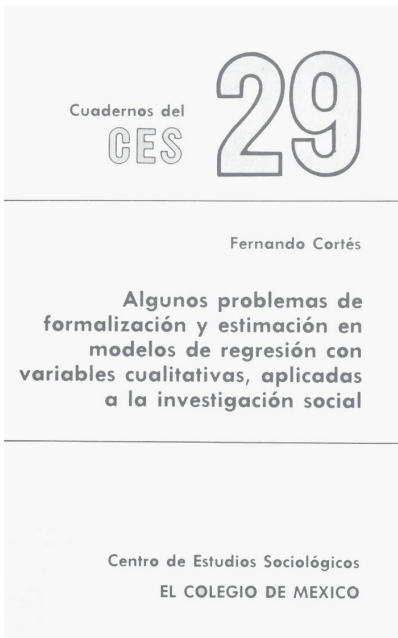
gía se remontan a 40 años atrás, en el contexto del análisis ecológico (Boudon R. 1974: 271-284); estos desarrollos de la estadística aplicados a la sociología proporcionan una técnica que permite analizar datos y formalizar los vínculos teóricos entre conceptos macro y micro sociales. Por fin aparece una aproximación que permite analizar las restricciones que impone la estructura al comportamiento individual.

Ahora bien, esta técnica puede verse como una generalización del análisis de varianza o del análisis de regresión. Está diseñada para identificar los efectos de diferentes niveles de análisis sobre la variable medida al mayor nivel de desagregación; el ejemplo paradigmático es el de identificar qué parte de la variabilidad en la calificación de los estudiantes se debe a las características del muchacho o su familia, cuál corresponde a la escuela y cuál a la localización geográfica del plantel (Raudenbush S y A. Bryk: 2002). Obviamente las aplicaciones no tienen porqué circunscribirse a la sociología de la educación. Se trata de una técnica cuya estructura lógica permite encarar problemas típicos de las ciencias sociales tales como, por ejemplo, la evaluación de los efectos de un programa de intervención estatal sobre los habitantes de localidades o comunidades (Hernández et al, 2000) o cualquier situación donde importe distinguir los efectos de agregados sociales sobre individuos o grupos al interior de dichos agregados.

Si bien las primeras versiones de los modelos jerárquicos lineales se restringieron a variables dependientes en escala de intervalo o de razón, los últimos desarrollos consideran variables no métricas vinculándose así con los modelos de regresión con variable dependiente binaria. Además, ya hay en el mercado paquetes de programas que permiten ajustar modelos multinivel relativamente complejos con conocimiento estadístico relativamente exiguo.

Conclusión

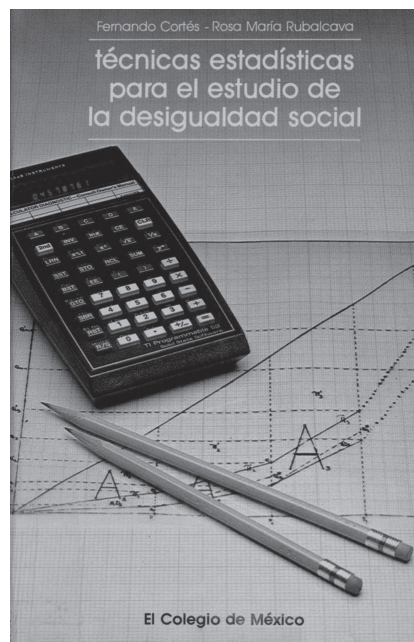
El centro de interés de este texto son los avatares que ha experimentado la estadística aplicada a



la investigación y su enseñanza en el campo de la sociología durante los últimos cuarenta años. Se ofrece una interpretación que no necesariamente es aplicable a cada país de América Latina y el Caribe, y que distingue tres etapas ordenadas en el tiempo: a) auge, b) destierro y c) resurgimiento.

En algunos países la sociología profesional surgió bajo el predominio de los temas metodológicos de la época del destierro. Y el papel de la estadística, tanto en la investigación como en la docencia, ha quedado circunscrito a la descriptiva, al análisis de asociación y a la correlación, sin considerar los enlaces con la inferencia estadística. Otros, han transitado de la segunda a la tercera etapa, sin pasar por el periodo de auge; la investigación que se realiza emplea las técnicas estadísticas más modernas y en sus aulas se las enseña utilizando grandes bases de datos y computadoras personales poderosas, pero, hay que reconocer, su uso se limita a relativamente pocos investigadores y la enseñanza se reduce a unos cuantos programas de posgrado en sociología. Hay otros países en que la investigación y la docencia en sociología transitaron de la época de auge a la del destierro y ahí han permanecido.

El análisis de lo acontecido con la estadística en nuestros países muestra que hasta finales de la década de los años sesenta la estadística descriptiva, el muestreo y la inferencia estadística proporcionaban valiosos instrumentos de recopilación de información útiles para caracterizar poblaciones. De las técnicas para estudiar relaciones entre variables disponibles en esa época, la más usada en sociología y ciencia política era el análisis de asociación y el de covarianzas de Lazarsfeld, este último especialmente válido para analizar las relaciones entre tres variables dicotómicas. El análisis de regresión era el instrumento estadístico más popular de los economistas y de los científicos políticos dedicados al análisis de elecciones. Se argumentaba que la diferencia entre los instrumentos de análisis de datos de la estadística social y de la estadística económica se originaba en la escala en que se medían las variables: predominantemente nominal y ordinal en el primer caso, y de razón e intervalo en el segundo.



En los setenta y el primer quinquenio de los ochenta el conocimiento estadístico que había jugado un papel importante en la investigación social del periodo anterior ya no ayudaba a responder las preguntas que surgían del enfoque histórico estructural, centradas en las estructuras sociales, ni tampoco las que surgían del discurso gramsciano. En las aulas de Iberoamérica esta disciplina fue reducida a su mínima expresión.

Sin embargo, continuó desarrollándose fuera de la región y hubo importantes avances en la estadística teórica impulsados por las preguntas que surgían desde las ciencias sociales. En este periodo culmina el desarrollo de los modelos de regresión no lineal, en particular logit y probit y del análisis loglineal. La incorporación de variables no métricas en el lado derecho de la ecuación se complementó con la inclusión de variables dependientes dicotómicas en el lado izquierdo. Con estos avances empieza a desmoronarse el muro que separaba a la estadística social y a la estadística económica. A su vez, los nuevos modelos estadísticos nacían articulados a la explicación social.

En los últimos años, bajo la batuta del progreso tecnológico en la fabricación de computadoras personales cada vez más potentes, a precios cada vez más bajos y un mercado en expansión que facilitó

su acceso, combinado con amplia oferta de paquetes estadísticos, se hizo posible “ajustar” modelos no lineales ya no sólo con variables dependientes dicotómicas sino también pluricotómicas y ordinales a bajo costo. Por otra parte, los vínculos estrechos entre los modelos teóricos dominantes en economía, sociología y ciencia política y los nuevos modelos estadísticos, vía la teoría de la elección racional o la explicación en la vertiente weberiana, llevaron a la proliferación de estudios sociales que utilizan los nuevos modelos. Todo esto aconteció en otras geografías. En las nuestras se registraron algunos estudios aislados aunque en los últimos años han sido cada vez más frecuentes.

Hay que destacar que en el periodo considerado ha variado el rol de la estadística en el quehacer de los científicos sociales. En la América Latina y el Caribe de los años sesenta dicha disciplina era parte constitutiva de la investigación social; estaba articulada a la teoría y metodología dominantes. En el segundo periodo dicha articulación se rompe cuando cambiaron radicalmente las preguntas de investigación, de cara a los acontecimientos sociales y políticos de la época; la teoría dominante y la escasa adecuación del conocimiento estadístico fueron insuficientes para ofrecer respuestas válidas a las nuevas preguntas. A partir del tercer periodo se advierte el inicio del reencuentro entre la teoría social, la metodología y la estadística. Se vuelve así a la articulación inicial pero en un contexto en que su legitimidad es disputada por los métodos cualitativos.²⁰


En la medida que el modelo de regresión extiende sus dominios al incorporar variables dependientes no métricas termina por caer el muro entre la estadística aplicada a la sociología y a la economía; ya se puede usar para analizar tablas que cruzan varios criterios de clasificación simultáneamente.

El avance tecnológico hizo cada vez más fácil la aplicación del análisis estadístico. Para obtener resultados basta con tener un problema bien defini-

²⁰ F. Cortés (2000: 103-132) hace un análisis sistemático de las discusiones epistemológicas entre las investigaciones cualitativas y cuantitativas. El mismo autor (F. Cortés 2004) estudia los procesos de generalización en las investigaciones estadísticas, experimentales y en los estudios cualitativos.

do, disponer de información mínima respecto a los modelos estadísticos disponibles, los datos pertinentes, el equipo electrónico y los programas adecuados. La interpretación es harina de otro costal pues requiere la concurrencia de conocimiento estadístico y de la disciplina en cuestión. Lo que sí es destacable es que esta labor se puede realizar ¡sin necesidad de dedicar mucho tiempo al estudio de la estadística!

En cuanto a la docencia se abren dos caminos. Uno consiste en entregar los conocimientos estadísticos mínimos necesarios para aprender a interpretar las salidas de las computadoras. El otro, el tradicional, recorre la trayectoria que une a la estadística descriptiva con las técnicas modernas de análisis multivariado, pasando por el análisis de asociación, el muestreo, la inferencia estadística, análisis de varianza y regresión lineal. La experiencia muestra que el primero de estos caminos tiene el inconveniente de que el investigador social, que sólo dispone de dicha formación estadística, suele sufrir serias limitaciones para incorporar los avances de la técnica, cuestión que no ocurre con quienes tienen una formación estadística más sólida. Pero hay claras diferencias en el tiempo que se debe invertir para proporcionar una u otra formación. Para enseñar a leer salidas de computadoras, de las técnicas más empleadas, bastan dos o tres semestres mientras que una formación más estructurada, además de demandar mayor formación matemática, suele requerir cinco o seis semestres académicos.

No es fácil llegar a un balance entre tiempo y profundidad del conocimiento estadístico para científicos sociales. En el futuro próximo, en la medida que se intensifique la demanda estudiantil por este tipo de conocimiento, habrá que aprovechar experiencias desarrolladas en el extranjero y ensayar formas creativas de enseñanza que permitan dar a nuestros estudiantes buena formación, en poco tiempo, y estrechamente vinculada a las preocupaciones académicas que surgen de la reflexión problematizada de la evolución de nuestras realidades sociales. 



MEXICO-UNITED STATES
AN UNCERTAIN FUTURE

VOICES
of Mexico

Manuel Monroy, @man_monroy

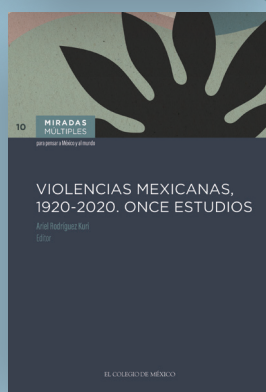
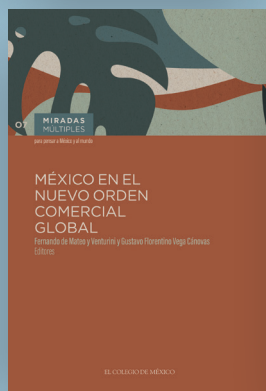
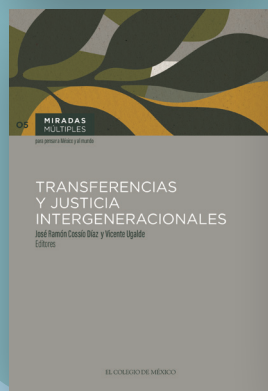
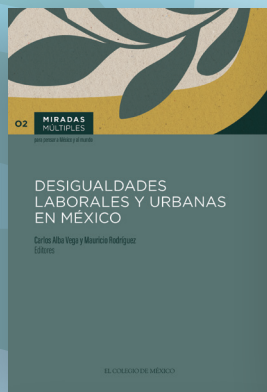
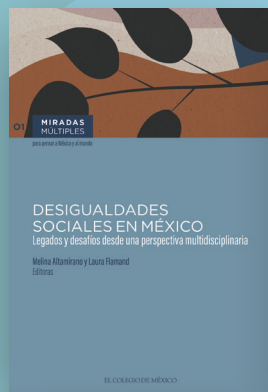
Issue 126, Summer 2025

MAGAZINE Published entirely in English, brings you essays,
articles and reports about the economy, politics,
the environment, international relations and the arts.



CISAN • UNAM
ISSN: 0186-9418

MIRADAS MÚLTIPLES



El Colegio de México, A. C.,

Dirección de Publicaciones, Carretera Picacho Ajusco 20, Ampliación Fuentes del Pedregal, 14110, Ciudad de México
Para mayores informes: Tel. 5449 3000, exts. 3090, 3138 y 3295, o correo electrónico: elibro@colmex.mx

